

JOHN
Wayne

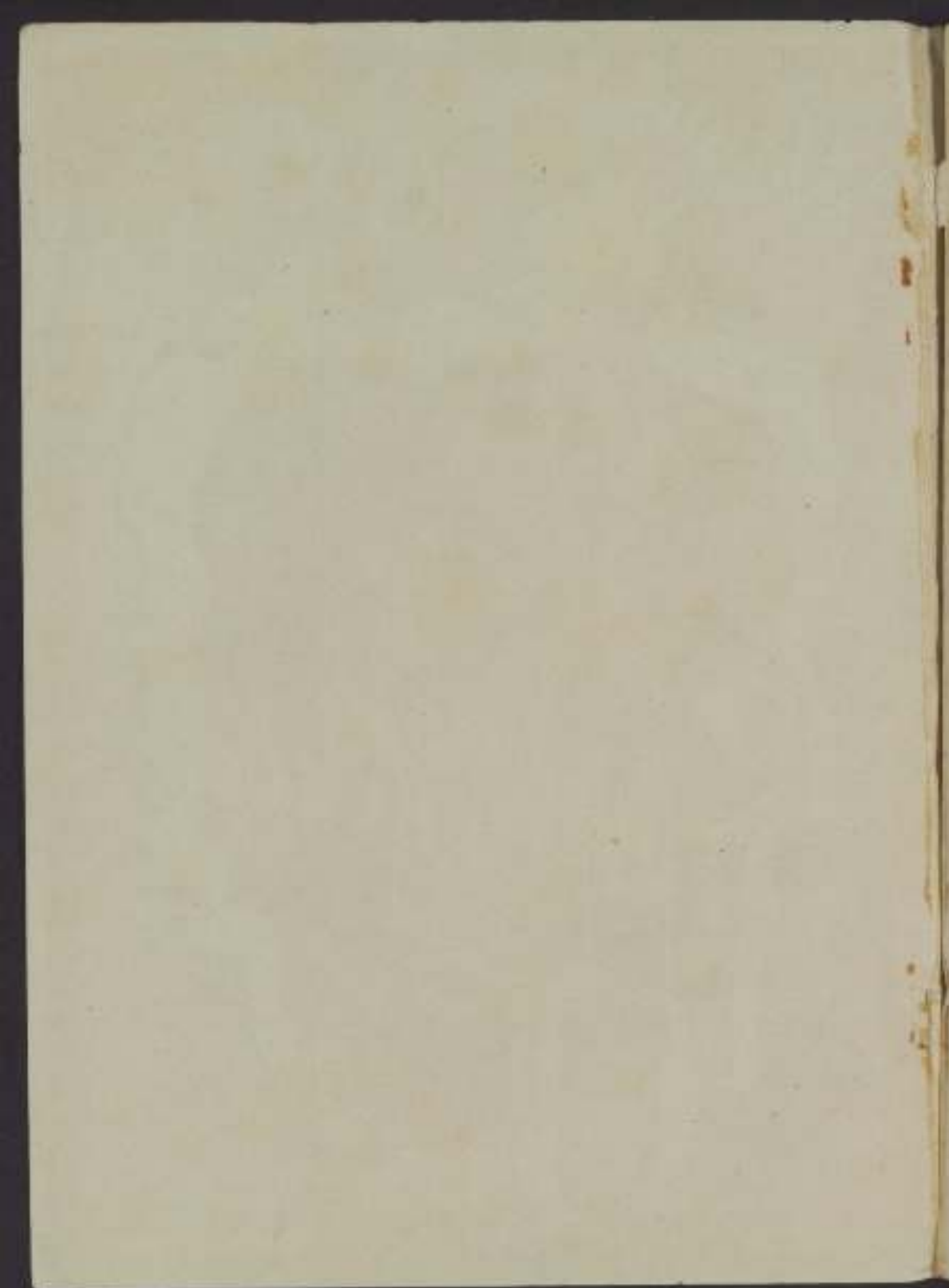
SHERRIN
Gurie

con
**CHARLES
Coburn**



Serie Especial

Editorial **JAPAS**





RUTAS
INFERNALES



Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMON SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:
APARTADO DE CORREOS 707 - BARCELONA

AGENTE DE VENTAS: Sociedad Española de Librería
Barcelá, 16, Barcelona - Tomina, 4, Madrid

EDITORIAL
"ALFA"



AÑO XIX

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ★ ALFA

NUM. 94

NUM. 843

RUTAS INFERNALES

Epopéya de los nuevos colonizadores

Sol de cariño, luz de amor, aire de dos existencias unidas en una existencia de lucha audaz y decidida emprendida en larga procesión cívica, en formidable nueva conducción en busca de una nueva tierra más fértil, de un ambiente menos hostil, por los pedregales y secas tierras, difíciles sendas de las **Rutas infernales**.

Sencillamente otra historia de dos templos de acero y dos almas de cera... que se templan y se funden en la sacra ara de un amor de sacrificio y fe

Distribuida por



Casa central:

Calle de Aragón, 231

Teléfono 83604

BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Leni</i>	Sigfrid Gurie
<i>John</i>	John Wayne
<i>Dr. Braum</i>	Charles Coburn
<i>Nunk</i>	

Director:

Bernard Vorhaus

Narración literaria por
E.-E. Calvo Laplana



RUTAS INFERNALES

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

RUTAS INFERNALES

A la memoria de las horas crueles.

JUSTO es un breve preámbulo antes de dar inicio a la sentimental historia de Leni y John. Conozcamos, pues, a nuestros protagonistas, desde ahora, bajo esos nombres, como correspondientes a una abreviatura de Magdalena y a un vigoroso y batallador Juan. Les llamaremos así indistintamente.

En toda historia es imprescindible un escenario. El tablado donde se posan en sus luchas y danzas los histriones de la farsa humana. Así es que, para mejor situar al catalejo maravilloso en su punto de mira, a la busca y captura de los pasos de los intérpretes que dan motivo a esta narración hemos de seguirles en sus marchas por las rutas infer-

nales y en sus cortas pausas de reposo que les dejan los oasis de sus agitadas existencias. Unas veces con la vida en juego, en vilo. La Ciencia arrebatando sus presas a la huesuda garra de la Muerte. Otras, cantando con voz de entusiasmo y amor un himno de labor y vida. Ronquidos de motor, fuerte olor de nafta, desgaste de caucho contra piedras, alquitrán y asfalto... Todo ello, ante y sobre la cinta ora verde, ora ocre, unas veces destellante, casi cegadora de sol, y otras rayadas por una lluvia torrencial, que todo lo inunda, que todo lo anega... Pero como una bíblica moderna huida, como una trashumante procesión en busca del sustento, como éxodo semita para atravesar el Mar Rojo,

en una larga hilera de coches, cuyos motores dicen con sus ruidosos marchares, de una nueva gesta de aventureros colonizadores. Algo de descendientes de aquellos rudos hombres que con carretas cubiertas de toldo de lona, como hogares que arrastraran un pesado destino hacia un final venturoso presentido, iban en pos de la victoria de sus legítimos afanes. La caravana que trocó la yunta o el tiro de caballerías por la gasolina, el motor y el volante, que cambió en el curso de los años la rueda con llanta de hierro por el neumático de goma... pero prosiguió siendo caravana... Y el desierto es siempre ese lugar donde se padece sed. Es ese espacio de separación que nos priva de beber el líquido transparente y necesario que

es la una y múltiple aspiración de cada vida, de cada existencia... Y tal vez por ello, ante la difícil realización de caros ideales, mueren éstos, al troncharse las ilusiones, espejismos de esos desiertos con tan escasos oasis. Viajero lector, quisiera brindarte en la lección que nos dan en las escenas de esta historia, en las páginas que su narración me permite brindarte, la suave sombra de una palmera, el fresco aljibe mitigador de la jugosa fruta de sazonado zumo, como personificación de un diminuto oasis de tu día... de la vida de cada día... Si así es, y consiguió su intento el narrador, cumplida su misión, reemprende él también su caravana... Escucha, pues, cómo sucedió la historia de Leni y Juan.

DR. BRAUN E HIJA, ANTE EL MICRO...

N OS encontramos entre el público invitado, en la sala de emisiones de una estación de radiodifusión, de una ciudad norteamericana. Avidéz de saber y curiosidad insaciable de conocer. Una sesión de presentación de personalidades y notables elementos de la ciencia médica y de la cirugía. Doctores de diversas especialidades y distintas nacionalidades y procedencias, eminencias que eligieron la investidura nitida blanca, como mensaje de su lucha contra lo putrefacto, contra lo dañado, contra el dolor y que con la ayuda de Dios mitigan el mal, luchan contra la escoria y la muerte, ahuyentan el flagelo de los virus y las contaminaciones, para aminorar al mínimo esas facetas del dolor

y el sufrimiento de los humanos... La ya conocida Legión de los Hombres en Blanco. Cerebros cuya labor es descubrir en mirada dulce pero inquisitiva, inquiridora, dónde está la enfermedad, dónde radica el motivo que postra lo físico, entorpece lo anímico, con su ponzoña... Sacerdocio ante las fuentes de la vida, la salud, y por ellas la alegría del vivir...

El locutor, que se encara con la tira de metal cromado, con su terminal del micrófono, indiscreto oído que todo lo quiere escuchar, para difundirlo por todos los ámbitos en voz alta y en altavoz:

—Gracias, encantadora Miss Ames.

Se vuelve, ceremonioso y amable, a sus oyentes presentes y sin perder

ese gesto que parece querer ofrecer a su invisible y distante auditorio de a través de las ondas y los espacios, y continúa diciéndoles a unos y otros, como si el maravilloso artefacto captador de sus indicaciones fuera un humano ente:

—Nosotros, ahora presentamos al doctor William Thorpe, jefe de la Asociación Médica Internacional.

El registro de la sonoridad recoge el ruido característico de la cálida ovación que le prodigan en la sala. Los aplausos son el ruido que expresa la victoria, y por ello este Salvo cariñoso de elogio y cariño sirve de ambiente favorable a las palabras de este doctor que debe a su vez dar lugar a que entre en escena, en primer plano, el rostro ya maduro, pero nimbado de simpatía y dulce bondad, en suaves sonrisa y mirada del famosísimo doctor Preussner, quien es anunciado con las siguientes palabras de su colega el doctor Thorpe:

—Oiréis ahora al doctor Rudolph Preussner, que procede de las aulas de Praga...

De nuevo se rompe la presentación por la ruidosa plasmación de aprecio.

—Vosotros—dice el doctor, entre bromas y veras, jovial—, allá le-
jos, queréis saber dos cosas. Primero, qué clase de doctor es ése cuya

voz escuchamos. Y segundo, ¿es un buen médico?

Tal vez miles de miles, millones de rostros dibujan una sonrisa al escucharle. Prosigue. Se sabe querido y escuchado. Conoce el valor de aquellos momentos y la importancia de aquella presentación.

—La primera pregunta puedo contestarla en seguida. Soy un especialista tocólogo. Durante ocho años sólo he hecho eso..., y he tenido mucho éxito con la cigüeña...

De nuevo hemos de sonreír, ante el comentario delicado para la llegada del ave que porta, desde los campanarios que tañen a bautizo, el mensaje de un nuevo ser humano, y con esa alusión nace también una nube de risas.

Propicios sus escuchas y seguro él, continúa:

—Y la segunda pregunta... ¿Es un buen médico? ¿Puedo contestar eso? Sí... puesto que estoy muy orgulloso de mi profesión, puedo contestarlo. Sí... soy un buen médico. Espero que vosotros, en algún sitio, me permitiréis demostrar que no me estoy jactando...

La demostración decidida de sus aplausos en el auditorium y a buen seguro en muchísimos corazones, dentro de muchísimos hogares, cierra aquella promesa de buenos deseos y de inmejorables servicios.

—Gracias, doctor Preussner—añade ahora el doctor Thorpe. Y sin darse tregua, anuncia seguidamente otra nueva presencia importante:

—Ahora les presento un eminente especialista, doctor Karl Braun, de Viena...

Esta vez, el típico ruido de una sincera bienvenida tarda bastante rato en fundirse en nuevo silencio que permita al doctor Thorpe dirigirse a su buen camarada para rogarle más con el gesto que con la palabra:

—Doctor Braun:

Y con visible nerviosismo, fruto de la misma admiración, dice:

—Tengo tanto que quisiera decirles acerca del doctor Braun... que yo, yo... que yo... honradamente no sé por dónde empezar. Tal vez será mejor que en resumen diga que hace 20 años, igual que muchos otros médicos americanos, hice un viaje a Viena con el fin de hacer prácticas de postgraduado en su famosa clínica allí... Por favor, doctor Braun, unas palabras para sus muchos admiradores...

Quien ahora viene hacia el micrófono, después de haber abandonado su sitio de una línea seguida de butacas ocupadas por hombres de ciencia, es un anciano fuerte, alto, lleno, sin obesidades y cuya

testa casi helénica tiene cabellos de grises tonalidades de limpia plata; de floja y blanca seda. Unos párpados grandes y rugosos dan amparo a unos ojos cariñosos, en su gris plomizo que al mirar dicen cosas buenas, mientras el resto del rostro, de también grandes facciones, deja en todo él una marcada fisonomía de hombre sonriente y de bonachón carácter. El rasgo más destacado es un labio inferior algo grueso y como añorante: en su lacia soledad, el peso de una buena pipa, más de viejo lobo de mar que de eminencia médica... Y, sin embargo, es un doctor y una eminencia.

Leve carraspeo. Y, clara y sencilla, la voz del doctor Braun saluda a sus radioescuchas, clientes y amigos:

—Señoras y caballeros: Estoy más acostumbrado al estetoscopio y al éter que al micrófono. Pero no es ético esperar —subraya, en suave ironía— que me vayan ustedes a comprar como gato en saco. Aunque conozcan aquel viejo aforismo, el buen paño en arca se vende... Si... no... Voy a decirles algo de mi persona. Tengo más de sesenta años. No es ser muy joven... pero tampoco es ser demasiado viejo. La semana pasada —comenta, en chanza cariñosa— me hice examinar completamente, como debería

hacerlo todo el mundo dos veces al año.

Sus palabras, en lugar de tomar tono excesivamente doctrinario, cargándose de su sapiencia, con un léxico difícil para el profano, quiere ser, y lo logra con acierto, de patriarcal consejo.

—Durante muchos años en Viena dirigí una Clínica Ortopédica. Enfermedades óseas. Y tengo mucho éxito con los niños. Ha sido mi privilegio... ayudar a que caminaran de nuevo a los pequeños inválidos.

Y ahora su palabra se hace mucho más suave, mucho más acariciadora... Como para romper un poco ese, por sí mismo creado, ambiente de emoción, añade sólo, en rápida transición, como nota aclaratoria:

—Ah... sí, se me olvidaba. Soy un buen padre —afirma, mientras mira y rebusca con su mirar, en derredor suyo, un algo tan querido, como es su única hija, Leni...

—Debo advertirles que somos dos —comenta, al tenerla a su lado, mientras la observa con marcado orgullo de padre y de maestro...—. Es decir, dos gastos si me mandan a buscar. Naturalmente, no nos podemos separar, mi hija Leni y yo... ¡después de todo lo que hemos pasado juntos!...

Ella, la hija del sabio médico vienes, que ha conseguido ir a ofrecer

su ciencia a los enfermos americanos, es una espigada muchacha, bella, de una belleza serena, sin estridencias. Una mujercita, como un puñado de espigas de tirante trigo, altivas y cuajadas de fruto, por querer y poder divino del buen Dios. Y tan distinguida en sus maneras, que parece que las meza un aliento de ángeles y beso de la eterna primavera.

Viste muy sencilla. Traje sombrío y de tono discreto. Pero le dibuja su escultura de líneas exquisitas sin excesivas morbideces. Y llevada sobre un cuello de cisne, su cabecita peina unas ondas que son sedosas hebras de unos cabellos castaños, claros, sin llegar a un dorado pleno... Unos chispazos de luz han quedado prendidos en sus ojos y una puñalada diminuta sangra en los labios, que hacen más puro el marfil de su sonrisa limpia y simétrica. Como dos rosas diminutas, de pitimini, sus orejas exhiben el orgullo de su brevedad y el oriente de unas gotas, de unas perlas, sobre su lóbulo... Quise en rápido mirar decirlo lo que vi en el rostro de Leni y no quiero olvidar el suave mate de terciopelo inimitable de sus mejillas ni las líneas de dibujo único, de trazo perfecto de los leves arcos que coronan sus ojos. Si los ojos son

espejos del alma, Leni va preguntando un alma bellísima.

—Ahora se pone a trabajar a mi lado—afirma su padre—. Está estudiando para enfermera y aprendiendo rápidamente... es, además, muy buen músico. Deberían ustedes oírla una vez dar un concierto de Brahms —señala con orgullo. Y el doctor se siente galante y poeta, al afirmar—: Cada nota es como un beso...

Los aplausos de esta vez no sabemos para quién son más, si para el doctor famoso, para el padre bueno o para el crítico poeta musical...

Para cada uno un poco y con un tributo bien ganado a Leni Braun... que asegura, como un murmullo de su propia alma:

—Qué país más lindo, papá... ¡Tan encantador... tan bello... tan acogedor!... Tenemos suerte...

Quedan navegando por el espacio las últimas palabras de la muchacha. Van a guardarse en las reglas y suntuosas casas y palacios, en las honradas y sanas, en su limpieza, viviendas, después de haber sido captadas y amplificadas por los receptores de radio.

EN RUTA...

SON ellos dos, padre e hija, dos buenos colaboradores. Supo el doctor elegir a su hija, para llevarla a sus mismas actividades. Guió sus estudios y encauzó sus prácticas operatorias. La llevó a su lado a las más difíciles pruebas operatorias. Y cuando se calzaba los guantes de caucholína, gustaba de verse reflejado en las retinas grises de su muy amada hija y discípula, como una pequeña pincelada blanca, como una mota diminuta de algodón, tan sólo como un grano de arroz... Y pensaba, contento, como él, doctor grande, córpora potente, podía hacerse, por cariño, así de pequeño, de ínfimo tamaño, para ir muy junto y muy dentro de su querida Leni... Y, con fe de buen ciru-

jano, se lanzaba más seguro a rescatar del mal a otro ser, teniendo por ayudante diestro y selecto a su propia hija.

Por ello, avituados a marchar juntos por los caminos del dolor humano, no era difícil que ahora sus nuevas andanzas por las nuevas tierras de la nueva América les permitiera el siguiente párrafo, pleno de buenos deseos y de ansias de verdadera paz.

—Recorrimos 2.000 millas y no hemos visto ningún soldado—advirtió el padre—. No hay fronteras que cruzar, ni aduanas... ni guardias... América...—comentó en un deje de añoranzas y extrañas remembranzas.

—Sí... y tenemos suerte que vamos a una aldea... No me gustan

RUTAS INFERNALES

—contestó razonadamente Leni— las ciudades grandes y sucias.

Siempre sabía el doctor Braun, por vieja costumbre de su legendaria Austria, dar contestaciones intencionadas, sin estridencias, pero llenas de amplio sentimiento, y le advirtió:

—El camino largo da la vuelta al fin... Aquí, Leni, al menos encontramos paz...

Y como para certificar la afirmación del doctor Braun, sobre unos campos sin explosiones, sin metralla, sin destrucciones, cruzaba con su despeinada cabellera de humo lanzada a los vientos, una locomotora y sus unidades de vagones, como caballo de hierro que rompió bridas, en pos de su fin de viaje.

Ella, la muchacha criada en Europa, la estudiante nacida en los viejos nidos de ciencia y saber de Viena, un poco sorprendida aún de las anchas planicies que le abría el horizonte ante sí, sólo pudo responder, un poco maquinalmente, con el afirmativo monosílabo.

Y las rutas infernales, las pedregosas veredas, los difíciles caminos que hay que seguir en avanzada constante, estaban allí, cruzando y recorriendo todas aquellas tierras, jalonadas por pueblos y aldeas con ansias de emular un rápido avatar, a las ciudades gigantes, las urbes

inmensas, que como hormigueros de hierro y cemento quieren hacerse templos de la lucha por la vida y el progreso, que las ciudades recogen y guardan, inician e incrementan las vetas de riqueza de la tierra, de los campos, por las propias fuerzas de la inteligencia y del saber... Los jardines de Dios, la campiña que da frutos necesita de los límites pétreos de los pueblos y ciudades...

Y así, como nervios planos de firme pavimento, avanzan las carreteras por entre los sembrados y los herbazales, mientras los gusanillos de los autos y los camiones ponen chispazos de colorido en movimiento, sobre la perenne quietud lisa en gris del asfalto de la senda que busca, no sabe si su principio o su imposible fin, mientras caracolea en curvas y más curvas, pues de seguir una recta al cenit, parecería ser el camino que buscara demostrar la consabida redondez de la tierra...

—¿Cómo les va, amigos?—indagó, solícito, el uniformado conductor de la línea de autobuses en que viajaban hacia su nuevo destino.

—Magnífico, magnífico... maravilloso panorama...—elogió el doctor con sincera expresión.

—¿A qué hora llegamos a Aschville Forks?—fué la pregunta de Leni, cansada del largo y pesado

viaje a través de kilómetros y kilómetros de ruta en la panza tapizada del «bus».

—A las nueve y cuarenta—respondió el empleado, en su costumbre de exactitud en las marchas y llegadas.

—Pues todavía tengo tiempo de echar una pequeña siesta... ¿no? —sugirió el viejo doctor Braun, recostándose mejor en su mullido asiento.

—Sí... una bien grande. Puede que no lleguemos a la hora. Llevamos un pequeño retraso por demoras en el recorrido habitual...

—Yo creí que en América todo se hacía puntualmente—advirtió en tono de broma el anciano galeno.

Poco amigo de oír críticas para su país, el chofer justificó en seguida, aunque en frase poco respetuosa:

—Esta no es la línea principal, amigo. Es sólo un ramal...

Esa respuesta y el propio gesto y tono de quien la dió hizo ver al sabio doctor recién llegado que aquellos hombres, desde cualquier lugar que les sea asignado, intentan —lográndolo en muchas ocasiones— colocar en primer lugar la rojiblanca rayada bandera de las estrellas... Ya tenía él conocimiento de ello y no le extrañó. «El pueblo joven no tiene por ello que querer

menos a su patria que los de añeja historia...», pensó para sí, hundiendo su mirada en el paisaje que le encuadraban las ventanillas de su lado.

Tocó su mano delicada y docta con unas manzanas, y siempre amable, cariñosa, patriarcal, invitó de corazón:

—¿Quiere una?

—Gracias... —denegó, con una explicación de bebedor contra el frío—. No sin un poco de ginebra.

Esos viajes que, como saetas lanzadas a la lejanía, atraviesan extensas demarcaciones, regiones inmensas, tienen la pesadez lógica de su horario sin descanso, de un cansancio penoso por la retención en su interior, sin fáciles cambios de posición ni de lugar.

—Ponga los pies aquí... —aconsejó Leni a su padre—. Pondré esto más junto a mí —aclaró, al coger el paquete que les extorsionaba.

—Manoseas a tu viejo padre como si fuera una gallinita parda—fué la mimosa respuesta del cansado galeno.

Había que habituarse y sacar el mejor partido posible de la transitoria cansina posición de viaje. Recostarse un poco más, variar un poco el lugar de asiento y esperar el fin de la larga travesía.

Y así fué cómo Leni volvió a co-

ger un volumen de «Nueva Técnica Anatómica».

—Hasta que oscurezca, estudiaré un poco con mis libros.

—Sí...—concedió el buen mentor—. Aquel capítulo acerca de lo postoperatorio... ¿no?...

Pero después, al mirar lo bello que la naturaleza limpia, creadora, exuberante, en su gama de colores, comprendió, y sin titubeos, le dijo, como una queja mutua, eco de sus sendas almas:

—Huh... huh... pero es difícil estudiar cuando un país maravilloso destila por la ventanilla... ¿no es verdad, hija mía?

Con todo y la sugerente invitación de su padre, Leni, pese al traqueteo de la marcha, a la deliciente claridad del interior, que le hacía más penosa la lectura y el estudio, ella, heroica, constante en su terco tesón, hundió su mirada y su inteligencia en las páginas de difícil contenido. Tributos a la ciencia y al saber, sacrificios que sólo se realizan para poseer mayor eficacia, para conseguir una capacidad más sólida.

—Eso no es bueno, querida—le aseguró con pena de padre y de médico consciente y comprensivo.

—Lo sé—repuso Leni, y en su expresión de voz había tanta pena y tanta angustiosa renunciación que

la delató, como herida; en sangrante mal, en algo que desde el fondo de su ser vivía latente por algo que fué...

No era desconocido el caso para el viejo doctor Braun, y sólo dijo, en consejo, de suave amonestación:

—Se fué...—mirando a su hija, todo amor—. El mundo que conocisteis juntos no existe. Lo mejor es no mirar atrás... Es más prudente, que en ley sencilla de vida, cuides de fijar tus ojos en camino adelante...

Brava alma y no menos valerosa la de aquella hija. Alguien debió encender llama de amor en su corazón, y después, ave ingrata, dejó el nido creado en aquel fiel corazón, por egosmos, vanidades, por éxitos más materiales.

—Con los ojos sí, pero el corazón siempre mira hacia atrás. Si sólo supiera cuánto le he querido toda mi vida. Nunca olvido su sacrificio por nosotros —fué la explicación de respuesta dada por Leni.

No había duda. En pasado no muy distante, en años de un ayer cercano, existía una llaga de abandono, de ausencia, de ingratitud.

No debía gustar el doctor Braun de la iniciada conversación, puesto que él dio a sus palabras resquemores de pena, diciendo:

—Si no hubiera sido por él, no estaríamos aquí ahora.

Pero la juventud no oye la misma queja de final de rapsodia que los experimentados en el dolor de la vida y quiere sus prerrogativas, sus derechos a la pasión, a la llama del amor...

—... Y él no estaría muerto—remarcó Leni con tristeza.

—Nos tenemos el uno al otro, hija mía... Nuestras vidas van a empezar de nuevo, por derroteros más difíciles tal vez, en un país feliz... Procura recordar esto siempre...—le advirtió, amorosamente, consolador.

De qué el mañana se presentaba incierto nadie hubiera podido presentar contrario argumento, no había refutación posible. Haber dejado Viena, sus aulas, quirófanos y

laboratorios, aquellas laboriosas horas de microscopio y de mesa de operaciones, valientes en busca de otros campos de actuación, incluso de otra raza con diferente psicología, era en verdad audaz y al mismo tiempo merecedor de una victoria completa para la ciencia.

Las dificultades que pudiera encerrar el porvenir incierto eran muchas, aun en el caso de una consecución de lugares requeridos. Cada día, cada hora nuevas nos reservan infinitas sorpresas y no menores sinsabores, en el choque entre lo que triunfa —la vida, la salud, la energía— y lo caduco, lo vencido —la muerte, el contagio, el apocamiento de lo débil...

La vida no empieza mañana... Nace y hay que defenderla hoy, para que pueda despertar mañana.

HACE FALTA UN MEDICO

E S fácil comprender que no hay un buen doctor detrás de cada puerta... ni tan siquiera un buen médico siempre que se requieren sus servicios, sus auxilios... Es lógico, pues, el diálogo que se entrecruzó por John Phillips, de una parte, y por otra, por el viejo rezongón de antiparras, de más aspecto de granjero, que casi, incluso de veterinario, Nunk Atterbury. Hablaban un poco duro, casi en grito pelado, costumbre adquirida al tenerlo que hacer, entre ruidos de trájín, entre repiquetear de golpes y como con sonata hecha a martillazos sobre el yunque o con el pico horadando la peña o la cantera. Los pueblos también nacen en difícil parto de labor, a veces ignorada, heroica

labor, y hacia uno de esos pueblos sacrificados, sufridos se dirigían el doctor Braun e hija. A recibirles dignamente se disponían dos de sus habitantes: Juan Phillips, un limpio luchador de carácter fuerte y trabajador más fuerte aún y aquel sencillito vejete, de mirada abierta y como sorprendida, respaldada necesariamente tras los escaparates de sus lentes, y que con alma de niño segula en muchas ocasiones a Juan. Era Nunk Atterbury, el doctor Atterbury de Asheville Forks...

Nos hemos separado del lugar donde estaban el doctor Braun e hija, de su camino de viaje, de su senda de marcha a posta. Habla que conocer un muy interesante par de caballeros. Amigos como somos de meternos en todo, los

que contamos historias, los que narramos episodios de las vidas de los demás e incluso, a veces, de la nuestra propia, maquillando sus rasgos más destacados, sus trazos más conocidos, para más serena ecuanimidad en el relato, vamos a dar unas breves descripciones de esos dos nuevos amigos que hemos encontrado en el pueblo, donde dentro de pocas horas tendrán entrada y vida nuestros otros dos personajes, el doctor vienés y su hija y colaboradora.

De Juan Phillips podemos anticipar, sin miedos ni resquemores, que es un apuesto mozo; lo pregonan su metro ochenta de talla y dos omoplatos que le dan forma envargadura de atleta. Y todo en él demuestra un hombre capaz y fuerte.

Sus plantas se afirman en la tierra. Se muestra recta y llanamente fuerte. Le gusta mandar cuando cree que la razón le induce a ello. Y la suerte determinada por una vida honesta lo lleva por esas sendas que, aunque en rutas infernales tengan que transitar, sólo a fines nobles, enteros, pueden conducir. Las metas de su lucha, los fines de su existencia no son dejar pasar días, vencer semanas y contar meses de una vida quemada, como pólvora en salvas... Sus actividades, sus actos, su vida de cada día, quie-

ra ser disparo que dé en su blanco.

Y su diana, esa mujer que deja clavada su flecha certera en nuestro corazón aún no ha llegado... pero se aproxima. Con ello quiero advertiros de que todo su ímpetu, todo su coraje fué, hasta ahora, intacto para la fuerza de su acometida empresa de hombre de presa, de titán a la lucha por la naturaleza y el progreso.

Para Asheville Forks era Juan uno de sus mejores. Un muchacho aun, «ya tenía voz y se hacía votar»... dicho en frase que os dará a comprender que siempre fué de los que se hacen escuchar, y si existe un instante de tomar decisiones, van en cabeza, aun a trueque de poner la suya propia en juego.

La misma demanda de un nuevo elemento facultativo de asistencia médica había tenido su mejor defensor y su más ardoroso propulsor en él... Sabía adivinar y precaver las necesidades que más tarde han de presionar sobre el ánimo de todos.

Nunk Atterbury era una de esas almas buenas, con dos alfileres de azogue por ojos y una sonrisilla perenne de conejillo travieso, mientras masculla, entre dientes y labios, un comentario sabroso y una crítica mordaz, para cuanto ve. Viejo en apostura y años, pero un nervio y

una vitalidad muy digna de tener en cuenta. Sabe subir al coche de Juan y dar un portazo, antes de que el auto haya movido ni un centímetro sus ruedas. Y no espera mucho, cuando los frenos han funcionado, a la llegada, para saltar de su sitio. Su más típico gesto conocido es una elevación de su cara hasta encontrar la visión, tras el aumento de sus antiparras, con una expresión dubitativa de todo, que es más cercano a un juez que a un médico rural...

—Magnífica, agradable noche para dar la bienvenida a los forasteros... ¿huh?—quiso Nunk anunciar, ante el celaje, que conocía casi tan bien como a su más antiguo cliente—. Con toda seguridad que les gustará. Le apuesto diez dólares que no se quedarán ni una semana. Eso no quiere decir que yo tenga diez dólares ni nadie en este maldito lugar...

—Cállate, Nunk...—fue la interrupción que dió Juan, con una confianza que acreditaba bien claro qué grado de amistad les unía.

—Acuérdate del último—le supo decir, para advertirle del peligro de que no tomaran raíces en el pueblo—. Echaré un buen sueño, caballeros, y empezaré mis visitas por la mañana...

Desconfiaba Nunk de la eficacia

del que tenía que llegar. Tenía amarga experiencia y sabía de otros precedentes. Llegan cansados del viaje y desanimados. Preferían no actuar al verse rodeados de tan pocas posibilidades y elementos y ante tan escasas probabilidades de triunfar, como múltiples situaciones y criterios en contra. Por eso y por muchas otras cosas más, desconfiaba.

Estaban en aquel apeadero, con techumbre y depósito de mercancías, que pomposamente ostentaba el nombre de estación y lucía un letrero que anunciaba al viajero audaz que hasta allí se aventurara, que iba a poner pie en tierra de Asheville Forks... Una carretilla y un montón de paja denotaban que si algo llegó con destino al pueblo, ya había sido despachado por el factor y el cliente recogió su género... Pero de eso ya habían pasado horas, tal vez días...

—Y cierra la boca cuando lleguen, ¿entiendes?—demandó Juan a su acompañante, entre orden y ruego. Él tampoco tiene mucha fe en el resultado de aquella nueva llegada. Otros llegaron también, y después la desilusión fue mayor, más dolorosa...—. Que no se oigan tus quejas —le suplicó, humano y cariñoso.

Hablaban Juan y Nunk en un to-

no y expresión no muy corriente entre dos hombres que les separase una diferencia de años tan notable, como había entre ellos. Dominio del joven, pero denotando como un imán de consejo, sin palabras, de concepto, en la acción, del viejo. Tenían sus diálogos, palabras que hacían bien claro y patente una amistad tan ensamblada en sacrificios y graves horas.

—Durante veinte años he trabajado en este lugar, y de repente me dicen que no sirvo. ¡Para nada...! —Indicó el médico rural, como en terrible confesión, en monólogo de acusación—. Necesitan mandar a buscar algún boticario extranjero con muchas iniciales detrás de su apellido (1).

En Phillips radicaban cualidades y una de ellas era una innata predisposición a saber cortar a tiempo ciertas conversaciones enojosas. Y para ambos, para Nunk y Juan, aquellos momentos podían tener una repercusión nociva. Podían perjudicar años de amistad y mutuos sacrificios. Estaban en uno de esos críticos momentos, que cierto escritor famoso dió en llamar «estelares». Ya hemos dicho que tam-

bién los pueblecitos, en su pequeño círculo de vida, pueden escribir con heroísmos las páginas gloriosas o tristes de su historia.

—Eres un veterinario. Y no lo haces mal con los caballos y las vacas... y con las enfermedades corrientes de las personas —terció, sin querer, la verdad, aunque sabía que aquellas duras palabras suyas eran el único modo, en rudeza, que podía ser lenitivo al doloroso trance de su viejo amigo.

—Pero la cosa se ha agravado tanto por aquí que hacen falta verdaderos médicos. Pneumonías, fracturaciones...

Era mucho pedir al sensillo temperamento de Nunk. Le llamamos mejor así, en amistoso trato. Nos parece mejor que utilizarle su doctor Atterbury...

Él, que seguramente fué buen radioescucha. Atento con la omisión de las presentaciones de eminencias, de los doctores, remedió burlescamente, casi con sarcasmo:

—«Mi hijita—imitando la dulce tonalidad de expresión del famoso especialista en deficiencias óseas, doctor Braun— puede tocar el piano, sentarse y tocar el tambor... como dar besos...» Y, sin pizca de creencia, inquirió:

—¿Le llamas a eso ser médico?... ¿eh? —apremiaba, en sus interro-

(1) N. de N.—Según costumbre de las universidades inglesas, esos iniciales que se ponen al apellido, son letras primeras, en plural, de los nombres y apellidos de los diplomados.

gantes, seguro de su triunfo, que le llevaba a desconcertar la fe de Juan.

La espera se había hecho un poco larga y ahora podía convertirse en una violencia inadmisibile. Ni Juan quería adivinar qué sucedería y se sentía aún defraudado, en sus justas esperanzas. Había elegido el nombre de doctor Braun entre una larga lista de hombres sabios. Se había dejado conducir por la mano de su buen instinto y de su buen deseo, y aún creía... Y el tren estaba próximo a entrar en agujas... Dentro de unos segundos, la humeante máquina, como jadeante corredor, como fiera azuzada, haría su entrada en Asheville Forks, y de uno de sus vagones descenderían un sabio curador y su femenino ayudante... Y así fué...

—Muy bien, Nunk, no te preocupes, ahí llega el tren.

Juan Phillips sabía bien calcular el tiempo. Con decidido acento volvió a dirigirse a Nunk, para ordenarle, en su propio bien:

—Acuérdate, cierra la boca y déjame ocuparme de este asunto...

Como en los grandes momentos de sus vividas horas amargas, Nunk

supo encontrar el punto exacto para darle paso al avasallador, autorizándole:

—Sigue adelante, Bab—como le llamaba, en diminutivo, en un raptó incontenible, paternal—, es tu asunto...

—Bueno, pero... ¿no me vas a ayudar? —influenció aún, para estar más seguro de cómo debía obrar ante el doctor que iba a hacer su entrada en la demarcación.

Era bueno, y sólo supo murmurar, con su mueca propia de chicuelo a los sesenta y siete cumplidos:

—Seguro, seguro...

Juan no era hombre que no conociera el suave pero poderoso alado del tacto y la diplomacia de las ausencias, de las disposiciones de lugares estratégicos, y, rápido, mientras ya llegaba a sus oídos el chirrido de los frenos del tren que llegaba, le dijo, bien percatado, de que el momento era difícil para el doctor Atterbury:

—Bueno —atestiguó—, pues ve allá fuera y... pon en marcha el motor del cacharro...—refiriéndose al automóvil que les esperaba allí.

UNA VIDA EN PELIGRO

S IEMPRE las presentaciones son instantes decisivos. Y cuando se debe recurrir a actuar como propio embajador más aún. Introdutor de sí mismo, eso tuvo que ser Juan Phillips a la llegada del doctor Braun y Leni.

Sin excesivos cumplimientos pero con una amplia sonrisa iluminándole la boca, supo decirle a manera de saludo y presentación:

—Soy John Phillips. Yo envié el telegrama.

Tampoco el tiempo había querido prestar su apoyo para un propicio momento de llegada. La noche se había ido cerrando y un tiempo inclemente, rociado con lluvia casi torrencial, de bien cargada tormen-

ta, no era para invitar a ningún paseo bajo la luz de las estrellas... Las ráfagas de aire arrastraban agua con violencia potente. Daban en la cara golpetazos, que parecían deshacerse en hielo fundido en miles de lágrimas frías e hirientes.

—Bien; una noche poco agradable. Hay un poco de tormenta —concedió.

La primera en reaccionar fué Leni. Comprendió que se encontraban ya ante el hombre que les iba a guiar hasta el ya ansiado lugar de fin de viaje y de efectivo descanso, ya muy merecido... Y quiso replicarle:

—¿Un poco?... Creo que es una tormenta entera y grande... —tras sacudir su cabecita, en gesto de

mandar y alisar con sus manos el rugoso tejido de su abrigo ya mojado.

—¿Es siempre así?—quiso preguntar el padre, para restar tirantez al primer conato de discusión, entre Juan y Leni.

—No...—afirmó Juan con acento de verdad—. Es un tiempo poco usual.

En efecto. Parecía en aquellos momentos que el cielo se hubiera abierto en una rendija imposible y por ella cayera sobre la tierra una catarata de líquida bendición. Cerrada y fuerte era la tormenta. No era Leni amiga de callar, y descargó su sorpresa, ante la inclemencia del tiempo, en estas solas palabras:

—Contío que así sea...—y quiso escudriñar, en decidida mirada, el bajo techo de nubes negras que le agolpaban su caudal, en tupida cortina.

—Ésta es mi hija Leni...—le advirtió el doctor Braun, temeroso de que incurriesen ambos en error de interpretación.

—Mucho gusto—contestó Juan, que sin darse cuenta ya había aceptado la controversia con la que sería más que una amiga, más que una amistad excepcional...

Volvió Nunk de cumplir el encargo de Juan. Puesto el contacto y dada marcha al motor, este roncaba

como fiera encadenada pero siempre dispuesta a la lucha. Cual lebrele a los pies de su amo, el coche esperaba ante las puertas de la estación y bien pronto sería cabina de refugio acogedor.

—El motor está en marcha—comunicó Nunk.

Dió su conformidad Juan, confirmando su deseo:

—Muy bien, Nunk.

Pero este quiso darse a conocer a los recién llegados. No quiso atender el ruego de discreto callar que le había hecho Juan, para evitar aclaraciones que podían reportarle a Nunk instantes molestos.

—Soy el doctor Atterbury—exclamó, mientras con orgullo profesional les daba a comprender que él era el titular, al que habían tenido que acudir los enfermos del pueblo, en casos anteriores.

—Es el veterinario del pueblo...

—inmiscuyó Juan, con la consabida chanza para Nunk.

No era el doctor Braun hombre que no supiera ser comprensivo y con una captación veloz de la situación algo excepcional del médico del lugar y de la delicada posición en que se veía puesto, aun teniendo presente que él era un invitado seleccionado y selecto, una preclara inteligencia requerida a actuar para

salvar vidas, no para arrebatar unos pacientes, en son de clientes...

—¡Ah! — exclamó, en evidente gesto de delicadeza—. ¿Puedo llamarle mi colega... sí?—dirigiéndose en conversación al compañero de profesión.

—Colega... ah, oh, sí, eh... —dijo, volviendo a carraspear, según costumbre en él, cuando el tema no le era muy grato— ...a veces, me han dicho cosas peores. Bueno, amigos, vengan. Colan sus pañuelos—advirtió al verles aun allí parados y recibiendo el chubasco. Era una precaución contra la niebla y el polvo nocivo...

—Todo el pueblo había pensado reunirse para darles a ustedes la bienvenida; pero la gripe, los catarros, no lo permitió.

Ya se habían metido, entretanto, en el interior del coche, y ésta, bajo la buena conducción del hábil Juan, marchó por «rutas infernales»... bajo la tormenta.

—¿Influenza? ¿Gripe? ¿Hay muchos casos?—iba preguntando ya, el doctor Carlos de Braun, para tomar información. Su hija se había metido en un rincón, casi clavada al lado derecho de su padre y guía profesional.

—Sólo una epidemia... —soltó Nunk, burlón.

Para aminorar el terrible efecto

que las contestaciones de Nunk podían causar en los ánimos de padre e hija, del doctor y su practicante y discípula, Juan, hombre conocedor de lo que el hogar es para todo ser que llega a una desconocida nueva situación, a una tierra donde no se conoce a nadie, aunque se haya sido llamado a cumplir una misión científica ejemplar, les comunicó:

—Les hemos arreglado la casa. Espero que les guste—y como que no quería dejar de mencionar la verdadera finalidad de su llamada humanitaria y en verdad muy atinada, añadió:

—Por ahí—señalando a su derecha—está la casa de los Stebbins. Él, su esposa y sus dos hijos, están enfermos...

Y así, en una mala noche, llegó a Asheville una de las más famosas inteligencias vienesas, en lucha contra los azotes y heridas del dolor físico. Y, contra las predicciones y presagios en contra de Nunk, en la misma pésima noche el cumplimiento del deber profesional, llevó a Leni y su padre a una intervención delicada, peligrosa...

Tal vez, Juan Phillips, con su aviso había logrado llevar hasta la pequeña población el auxilio eficaz de dos seres para dar batalla al mal, y, además, ya marchaban unidos Leni, don Carlos y Juan... Se apretaban

ya las tres sombras, que se proyectaban, en una, en un sólido bloque, cuyo centro era un dulce corazón de mujer. Y su bondad y ternura infinita no dejaría que se separara mucho de ellos aquel buen hombre que también sabía, en el momento requerido, actuar como veterinario.

Y todo eso, inicial decisiva de nuestra historia, de esta vivida historia, tuvo lugar en esa mala noche... pero había una vida en peligro y se tenía que intentar salvarla.

Después de breve intercambio de impresiones, más aceptado el principio imprescindible de que la confianza a veces se gana en unos instantes y la amistad llena en seguida las lagunas de la indiferencia, anegándolas de cariño... Pronto, la simpatía y la llaneza de los cuatro personajes que se encontraban reunidos, saltó barreras de años y dió al traste con innecesarios convencionalismos. Unos dieron datos, noticias, informes, y el doctor Karl Braun, ratificado casi siempre por la eficaz ayudantía de su hija, inició su importante labor, aleccionado con indicaciones de preciosísimo valor.

Dieron un pequeño rodeo antes de llegar a la casa. Era la vivienda del llamado Stebbins, una muy humilde casa. Y, en verdad, que tampoco estaba muy dotada de elementos de higiene.

Una habitación grande, pero habilitada para varios y opuestos fines. La que empezó por ser, tal vez, sólo amplio comedor, con hogar de sitio de descanso, lugar de conversación y lectura, se había ido llenando de otros muebles, de otros, enseres y utensilios. Ahora era comedor, cuarto de trabajo, lugar de juegos, hacienda habitación de dormitorio para varios seres... En fin, nido, incubadora de microbios y, por ellos, de epidemia. Esa influenza, esa epidemia llamada con mil nombres, según el lugar donde prodigue su castigo, y en ninguno realmente conocida ni menos atacada con verdadero eficaz éxito, tenía allí un posible campo de acción, una dolorosa probabilidad de sojuzgar más víctimas.

En un mismo lecho daban engafoso reposo a sus cuerpos la madre y dos hijitos. Uno de ellos, enfermo ya. La fiebre había hecho acto de presencia.

La disposición del médico en aquella ocasión no podía ser más tajante y radical.

—El niño debe ser sacado de la cama—señaló al ver las características inconfundibles del caso que se le presentaba—. Hay que evitar contagios, inmediatamente!..

Juan y Leni se intercambiaron la primera mirada de inteligencia, de comprensión. Estaban ante la pri-

mera visita del duro y largo trayecto que el decidido joven se había proyectado llevar a término con ellos.

—¿Tienes gasas, algodón...?— demandó al hombre de la casa—. ¿Al menos, sencilla estopilla para compresas?... Joe, vamos, intenta hacer algo, muévete...

No era apocado Joe, pero hay ocasiones en que los hombres, inclusive los más dinámicos, parecen esperar las órdenes de los demás... ¡cuando se cierne la sombra cruel de la muerte sobre la frente de los suyos, de su esposa, de sus hijos!

El doctor Braun buscó indicación rápida del lugar donde lavar sus manos y arrebujando los puños y mangas de su camisa, más arriba del antebrazo, preguntó dónde podía lavarse y cumplir los mínimos preceptos de asepsia.

—En la cocina—fué la contestación de Juan. No cohibió en absoluto el buen ánimo del médico y hacia allí encaminó sus pasos.

Ir y venir de preparación. Eran tres enfermos y un padre heroico en postración verdadera, pero resistía con espíritu estoico, de temple recto.

Tanto hija como padre sabían de esas pruebas crueles: de sacar adelante un enfermo, entre la red de la pobreza y la desgracia. Había falta de medios, casi de lo elemental, de

lo imprescindible... pero ellos estaban allí para prodigar sus auxilios, su experiencia, su saber, y eso con deseo verdadero de suplir con su esfuerzo o su posible buena intención aquello de que se careciese...

Los sillones de cristal y metal cromado, substituidos por simples mesas de comedor... los reflectores y focos de tamizada luz, logrados con el acople de las varias bombillas de una lámpara de comedor... Baldes, lebrillos, jofainas, para suplir los recipientes de blanco esmalte de la sala de operaciones...

Y los dos, padre e hija, enfundados en sus batas y delantales blancos. Sus cabellos, cubiertos por sencillos gorros, y ante la respiración, como un tamiz, el antifaz mandibular... Y ante ellos, desmayada, agotándose como una lucecilla que pierde su intensidad, una vida en peligro...

Una vida en peligro; un ser humano que tiene, con la sola excepción de la omnipotente piedad divina, la salvación pendiente, dimanante, de la decisión, del acierto, del talento del doctor Carlos de Braun e hija...

Juan empieza a darse cuenta de la gesta que se está realizando entre aquellas cuatro paredes. Y quiere saber, conocer el curso de aquella

operación que reconoce no llegar a comprender.

—Doctor, ¿cómo está...?

Y un significativo signo de silencio del interrogado le hace comprender que hay que proseguir quietos allí aún. Y su corazón está ansioso, pues sabe que otros también esperan... Y ha de ser aquella misma noche... En el extraño reloj de la vida, el retraso de unos instantes, unos segundos de tardío arribar, puede ser fatal.

—Pneumonia... tal vez fruto de una ignorada silicosis... el polvo emponzoña los pulmones y los bronquios; y después no hay resistencia ante cualquier endemia que les ataque...—quiso aclarar el eminente doctor a Juan.

Este escucha sorprendido, absorto, ante lo maravilloso de aquellas actuaciones...

En otras visitas que siguieron, variaban las techumbres, los sitios, los hogares, pero seguía evidente la penuria, la deficiente higiene; lo insano imperaba enseñoreándose el peligro de la contaminación, de propagarse la epidemia...

Y así tras una hora, otra y otra... de aquella noche primera en Asheville. Leni fué la primera en reclamar descanso. Se dirigió a Nunk con gesto de derecho ante el deber cumplido. El agotamiento resta ca-

pacidad, efectividad al facultativo en su ilimitada posibilidad de acción y actuación.

—Ahora, haga el favor de llevarnos a casa. No puedo aguantar más;

Tomando por comparación su propia resistencia física y sus ansias de lograr hasta el imposible, la cooperación de aquel ser excepcional, providencial que les había depa-
parado Dios en momentos tan horribles, insistió Juan:

—Sólo una visita más...—suplicó, conocedor de otra dirección donde reclamaban asistencia urgente.

Sonrió con tristeza y cansancio Leni. Miró a su viejo, aquel anciano de prestancia noble, de porte distinguido, algo encorvado, más por su investida responsabilidad que por el peso de los años mal llevados. Leyó en sus abiertas pupilas, aun de claro fondo como las de un niño. No había en ellas ni ira, ni desfallecimiento, ni tan siquiera desilusión de defraudado ante un problema de tan hirientes aristas. Y quiso contestar la hija en defensa más de él que de sí misma.

—Lo mismo ha dicho usted en cada casa que hemos ido...—quejóse, pero en pie aún, heroica, fiel a su cometido. Entendió Juan la posición adoptada por Leni, y contestó, sin esperar la declaración verbal que ella podía dar:

—Bueno—concedió, comprensivo; pero después, terco, tenaz como siempre, no pudo reprimir la coletilla—: No le he dicho que se quejara. Él sabe que todos son casos de urgencia.

La juventud ardiente e impetuosa que bulía en la sangre valiente de Leni se inflamó de llamas de indignación justa. No se habían sabido entender. Los dos llevaban razón suficiente, pero Leni, airada, clamó ante un posible fracaso en las fuerzas físicas de quienes tenían que seguir después prodigando imprescindibles auxilios y curaciones para la consecución de rescate de la salud perdida por aquellos desgraciados seres.

—Es un anciano, no todo el personal de un hospital o una clínica... Nunca se quejará.

E increpando con tono no corriente en ella al sorprendido Juan, le quiso ratificar, en unas solas palabras, algo de lo que había él po-

dido ver a través de la penosa y nocturna marcha, en las sucesivas visitas:

—¡Es un médico... un doctor...!, no puede decir que no. Pero su hija puede decirlo, evitarlo, y le estoy ordenando que nos lleve a casa.

—Pero, Leni, por favor...—intercedió con ánimo comprensivo y conciliador el doctor Braun.

Mostróse intransigente en su queja. Leni sabía, conocía bien, el estado de su padre y, más aún, la dura prueba a que habían ambos sometido aquella noche sus nervios, y no era novata en la tarea para desconocer que sus facultades podían tener impensada falla peligrosa... Y volvió a denegar, en prudente prohibición:

—No, no; eso es demasiado.

—Pero aun así, en esfuerzo agotador de dignidad profesional se dirigieron a una nueva dirección.

Es un episodio de la brava gesta de la «legión de las siluetas en blancos».

«ESTA ES SU CASA...»

LA saeta corta, la horaria, había ido haciendo su viaje de noche sobre el círculo blanco y numerado de la esfera del reloj. Habían pasado cerca de siete horas y la lechosa claridad, en penumbra de destellos, se hacía anunciar entre un colaje que había sido de tormenta y ya recibía el primer destello de sol de un nuevo día.

No era un palacete la vivienda que les había destinado Juan a sus invitados. Mas merecía ésta una excusa, un perdón, ya que no disponía de otra y en aquellos alrededores tampoco les era dable encontrar mayores lujos ni tan siquiera las ostensibles comodidades requeridas en otros ambientes como casi imprescindibles. Pequeñas, angus-

tias de la vida en aquella aquejada tierra.

—Cada casa a que nos lleva usted resulta más sucia y peor que la anterior—tuvo que exclamar Leni al ver clarear el día tras los cristales que un raro y tenue velo de casi impalpable polvo sólo dejaba entrever enteladas imágenes.

Juan quedó un momento suspendido, sorprendido. Vió el alcance de la grave desilusión que iba a quebrar, a rajar, el alma sensible y buena de la valerosa y buena hija. En cuanto a Nunk, sin llegar a la maldad, a la malquerencia, se dejó prender en un insano placer vengativo al contestar, zumbón, a la inocente pregunta del doctor Braun, que intentaba calmar a su pequeña Leni:

—No te excites, querida...

Y sin darse cuenta de la añagaza en que iba a caer, inquirió:

—¿Quién vive aquí?

La respuesta saltó de los labios de Nunk, del doctor Atterbury, y tal vez de ser dado ver en aquel momento al corazón del doctor Braun, gotearía en sangre de dolor:

—Usted, hermano; ésta es su casa.

Y aun remachó a media voz:

—Más sucia y peor que la anterior... — Remedando, según viejo defecto, a la muchacha—: ¿Quién se cree que es ella?... ¿La emperatriz de las Rusias?...

Esta vez la fortitud y discreta posición de silencio de ellos dos ante la respuesta inesperada, después de la noche en vela, en lucha, en digno arrebatarse víctimas al sufrir y a la muerte, obligó a la nobleza y caballerosidad innata del en todo fuerte Juan a conceder:

—Reconozco que no es una gran casa... Tratamos de arreglarla para ustedes.

Arreció el temporal. Leni vió en aquella un imposible lugar para lograr, ni provisionalmente, una instalación de dispensario de infimo orden. Se sublevó su almita, decidida a gestar por sus semejantes sumidos en dolor... No vió tanto su vivienda poco acogedora, misérrima, oscura, como la imposibilidad de

cumplir junto a su padre y buen maestro, la alta función social de mitigar, curar, sanar, prevenir a sus conciudadanos, al prójimo...

—¿Dónde nos han metido?... Esto es una pocilga.

—¿De qué se queja?—asestó aún Nunk, incomprensivo, ya que él durante años y años había visto languidecer su propio vivir entre aquellas mismas cuatro paredes.

No es, pues, de extrañar que Juan por buena inspiración intentara airear el enrarecido y viciado ambiente. Pero aun así aquella atmósfera había de ser la que después respirara de manera abierta la dulce y sacrificada Leni.

—Perdónenla —supo decir, digno, el doctor Braun ante el hecho consumado—. Está muy cansada... El trabajo de hoy ha sido agotador y su cuerpecillo ha debido resistir horas y horas de continuo traqueteo, de incómodo viajar.

—Lo sé—afirmó con su acostumbrada rectitud Juan Phillips—. Los dos están cansados... —añadió al ver cómo los párpados macilentos, caídos, del doctor, empequeñecían y unas sombras violáceas circundaban sus cuencas, dándole a todo el rostro su nimbo debido al esfuerzo estenuador requerido.

Pero Juan, sin buscarlo, supo dar con un argumento conciliador, se-

dante, pues ellos iban a vivir en los altos de la casita, tal vez en la más olvidada parte de la vivienda. Y siempre dispuesto a dar ejemplo con el propio hacer, con la propia manera de actuar, ordenó sin estridencias:

—Les enseñaremos cómo están las cosas. Nunk—dijo, dirigiéndose ya abiertamente a él—: saca los trastos del coche y llévatelo a guardar...

—Ya está en su sitio, hijo—advirtió Nunk, que ahora quería aparecer más amable, pues conocía la repulsa que se le esperaba en cuanto estuviese a solas con él—. No voy a romperme el brazo tratando de poner en marcha de nuevo el motor.

—¿Vive usted cerca de aquí también?—le preguntó Leni con sincero deseo de poner paz.

La más viva sorpresa se pintó en el gesto de aquella admirable joven, que sus manos de humana azucena, nonúfa del Danubio, que se deslizaban aladas en constante caricia sobre la frente de sus pacientes...

—Vivimos aquí, ésta es mi casa.

Ahora le tocaba callar a Leni. Supo aceptar bien su llamemos pequeña derrota...

—Pero sí yo...

—Oh, no se preocupe. Nos haremos mudado al piso de arriba. Te-

remos nuestra propia entrada y todo lo demás...—añadió, poniendo un poco de picardía en ese «todo lo demás». No les molestaríamos en nada. Esto—dijo, señalando a cuanto les rodeaba—es todo suyo... Venga—invitó, mientras uniendo el gesto a la palabra la cogía en espontáneo raptó, por la mano—, se lo enseñaré... Encontrará camas hechas bonitamente... Y con picardía de quien sabe que lo que va a decir halaga a su oyente, aclaró— Hay muchas toallas limpias en el baño, señorita, y las mujeres han preparado comida. Es un poco polvoriento este hogar.

Juan, mientras hablaba, había ido recorriendo a grandes pasos la estancia. Se paró ante un lavabo empotrado en la pared, en la cual había un grifo. Quiso demostrar su servicio de agua caliente y fría y sólo consiguió un chorro de turbio líquido, y para deshacer su pésima posición, invitó a Leni con estas palabras:

—Esta es la casa que tenemos. Aquí la leche es buena... ¿le gustaría un buen vaso de leche? Y después, insistiendo en el tema del agua, añadió—: Bueno, ya ha visto que tenemos agua corriente... Por supuesto, tengo que filtrarla con una toalla o algo así... Estará bien dentro de un par de días...

Leni, que ante la imposición y cierta ingratitud de Nunk había demostrado tanta indignación unas horas antes, ahora se dejaba arrastrar anímica y materialmente por aquel hombre, por aquel desconocido que en mangas de camisa recia estaba mostrándole un artefacto de hierro, alto fogón y estufa que desde un rincón presidía la estancia como enemigo del frío.

—Ahora—le advirtió, en última cordial enseñanza—le enseñaré cómo funciona esta estufa.

—Oh, no, no, por favor. Esta noche—sonrió al ver la luz clara penetrar por la ventana—, esta noche no. Ya he visto demasiado—replicó Leni.

Nunk quiso ponerse a la altura de las circunstancias y hacer algo digno para arraizar más aquellas nacientes amistades. Y se dispuso a encender, por propio impulso, la vieja estufa, mientras, sin casi poderlo evitar, mascullaba segundo las palabras entre sus dientes:

—¡Maldita sea... Yo, a mi edad, convertido en botones de extranjeros...

Pero había alguien que, cansado, tronchado, aun sabía reconvenirle:

—Bien, Nunk, a dormir—ordenó Juan, imponiéndose como siempre.

Y volviéndose a sus recién llegados les dijo como despedida:

—Antes de darles las buenas noches tengo algo muy importante que decirles. Ha sido una noche terrible para ustedes y han sido ustedes muy amables...

Hizo una pequeña pausa, para mirar la belleza suave y palpitante de Leni.

—Les estamos agradecidos—fué su confesión.

—Ya puede usted ver, doctor Braun—les dijo y advirtió—; ya ve usted, doctor, el problema al que tenemos que hacer frente.

Juan Phillips sabía poner en claro, dar en breve espacio de tiempo ocasión a aquellos dos seres para comprobar y conocer las muy terribles necesidades y escasos medios de que disponían en Asheville para dar cumplimiento a la labor humanísima que con su facultad debían hacer. La medicina, la cirugía, aquellas curas extraordinarias que padre e hija llevaban a término no eran allí un oficio o una ciencia o un arte solamente; Juan apreciaba, con razón aseverada por ellos mismos, que tomaban caracteres de sacerdocio...

—Sí, sí—afirmó el sabio—; la situación, en verdad, presenta un mal cariz.

Leni, por su juventud y fruto de su carácter impulsivo, estaba aún bajo la pésima impresión de la te-



Con un cuerpo inerte,
desfallecido, en los bra-
zos...

Hay sonrisas que ilumi-
nan los ojos y miradas que
iluminan entreabiertos la-
bios.



Se debe actuar inmediatamente. La intervención de la ciencia...



Hombres curios, fuertes
que saben ganar, acumular,
roturar la tierra...



Cuando corchetes, mascarillas y delantales irradian su albura...

Piendida de su brazo,
ríen orgullosos de su paso,
él...



—Pasarás a ocupar el primer lugar después del primer coche.



Descendió Juan de su coche para recibir de Lery...



—Guardaré en mi correa tu retrato y la luz de tus ojos.



Padre bondadoso, doctor eminente y caritativo.



Frente a frente, en cam-
bio de impresiones, para
decisiones terminantes.



—El cielo da furia...



—Ya verás, ya — mientras
con delectancia, prende fla-
ma a su carga en la pipa...



Fundidos cuerpos y al-
mas, engañados casi, ante
sus dulces destinos.



Sus luchas, con ser juntas, paralelas, tenían discrepancias, conceptos opuestos.



Leny y Juan podían personificar y encarnar el sacrificio y el odio, la bondad y el ímpetu.

rrible pobreza y suciedades que había visto en cuantas casas habían tenido que actuar. No era cobarde, y tenía experiencia, pero era justo y lógico que reaccionara así.

—¡Oh, esto es horrible!... ¿Cómo puede la gente vivir entre tanta inmundicia. La suciedad, la basura, está cogida a la vida de esos hogares como lapa destructora y nefasta... Acabará con ellos en forma de mil diferentes enfermedades, y luchar con tan escasos medios es exponer vidas a mortales fracasos, inadmisibles en nuestros tiempos, ya mucho hace, superados.

—Oh, todo lo encontrará bien, una vez hayamos sacado el polvo. No va a ser tan malo como le parece a usted —volvió a insistir Juan—. Creo que nosotros ya no nos damos cuenta de ello: ya estamos acostumbrados.

Después vió tan cansada física y moralmente a Leni, que con una naciente amorosa piedad, numen de su corazón bueno, muchas veces puesto a prueba, dijo:

—Se encontrará usted mejor después de una noche de descanso.

Y para dar más vigor y ratificar su afirmación recurrió al doctor, al padre, hasta entonces silencioso:

—El sueño hace maravillas, ¿no es verdad, doctor?

La voz modulada, clara, de bello

y suave sonido de Leni sonó en extrañas flexiones, para decir:

—Um gottes Willen, papa... Er soll uns entlic alien lassen Ich kann dass nicht aushalten?

Saltó como un jabato herido, Juan Phillips, para inquirir, para averiguar el sentido de aquellas palabras que a su oído le habían sonado como arpegio de bien pulsada arpa y aun así no había conseguido retener ni tan sólo su exacta pronunciación.

—¿Qué ha dicho? —tuvo que preguntar entre sorprendido e inquieto.

Aquello era nuevo para él. Sabía de la existencia de otros idiomas, de otras lenguas, pero sólo contadas veces había oído hablar otra cosa que no fuera su natal parla inglesa.

Sutil en las apreciaciones, el doctor Braun terció una explicación, ahora muy oportuna, y le rogó en nombre de Leni, su muy querida hija, cuyos nervios estaban desquiciando los hechos y las emociones:

—Perdónela, por favor; está muy cansada. Sus nervios... ¿usted comprende? Hablárenos mañana con más calma, ¿eh? —propuso, más conocedor de la vida y sus momentos débiles.

Hombre avezado a las luchas, pocas veces sojuzgado por nadie, Juan no aceptó aquella pequeña lección que le hacía ver su incapacidad de

entender lo que había indicado Leni a su padre.

—Comprendo que ha pasado una noche muy mala, pero...—exclamó mal contento.

—No, no, no; usted ha sido muy atento y servicial—cortó ya, molesto y malhumorado el viejo, desalentado por la insistencia de Juan, y para cortar el diálogo enojoso y posible inicio de mayores discusiones, dijo un sonoro «buenas noches».

Supo, al fin, Juan comprender y contestó con sincero deseo de que así como decía en su salutación fuese:

—Buenas noches, doctor.

Era ya hora. Hacía ya bastante rato, lo que se da en llamar noche, había concluido, y un nuevo día se veía, en leve pero rápida mutación, en la bóveda de cobaltos, del cielo ya limpio de nubes de tormenta del cielo de Asheville.

Todo quedó en silencio, en reposo. Pero Nunk quiso saber. Y en perdonable indiscreción acercó su oreja impertinente, su oído agudísimo a escuchar los movimientos de la pareja de padre e hija. Quería comprobar el verdadero estado de ánimo de ellos. Un lógico temor le invadía. Podían ir como otros tantos

que al primer choque, después de visto el lugar, la situación, y las anormales circunstancias que coincidían en Asheville, volvían grupas al enemigo y regresaban a su destino por el mismo camino que habían llegado. Y esta vez hasta él, pese a sus imperfecciones, a sus desplantes y discrepancias, había creído ver en los recién llegados el excepcional mandato, la llegada de algo providencial que con su actuación pondría en marcha la salud perdida de muchos.

—¿A quién escuchas, Nunk..., a Papá Noel?—fué la irónica interrogación de Juan al verle tan pendiente de los actos del doctor Braun y su hija.

—Bueno, ¿qué te dije?—comentó, sin hacer caso a sus palabras y como si hablara consigo mismo—. Se van a ir mañana. Te digo que les oí decirlo. Ahora están allí rumiando...

—Chist... —demandó silencio para no ser descubierto el vejete escurridador—. La mayor parte de lo que hablan es en idioma extranjero—tuvo que confesar, con evidente pena de no poder descifrarlo.

—Oh, sal de ahí—requirió Juan, que aunque tenía los mismos temores que él no podía consentir en aquella vigilancia, no ciertamente muy noble.

—...pero de vez en cuando— prosiguió Nunk, como si nada hubiera oído de la indicación de Juan—dicen alguna palabra en inglés...

Y como si sus pensamientos los expresara en voz alta continuó diciendo como una advertencia hecho verbo, como un aviso:

—Mañana se irán, o yo no me llamo Atterbury... El viejo—se permitió llamarle así al doctor Braun, sin acordarse de su propia edad—quiere quedarse, pero — y nuevo bautizo por su parte—la emperatriz de las Rusias dice que no.

Nunk quería darle a entender a Juan que había un serio peligro de que no se quedasen con ellos, y, contra lo que con sus palabras parecía querer dar a entender, él vería con alegría que el doctor Braun y su hija se quedaran allí, junto a ellos, en el desempeño de sus cargos, para bien de Asheville y el mejoramiento de sus «infernales rutasa».

El voltear de las campanas desde sus nidos, desde lo alto de las iglesias, es la llamada que da la señal amorosa de congregarse los fieles. Y así, en aquella hora de paz que con la luz que nace viene a marcar el inicio de una nueva jornada,

llama también a la labor y a la vida a las gentes de Asheville.

Sus sonos, el tañido del bronce viejo, los badajos insistentes y como retozones gorriones gigantes que quisieran con su piar alegre dar un cántico gozoso a la gloria de Dios clementísimo.

Juan está aún en pie. No quiso rendirse, e invencido por invencible vuelve a dar órdenes. Vuelve a mandar, para poner orden y buena guía. Y su fiel Nunk observa, con enrojecidos ojos por el polvo, el viento y el no dormir, el alto perfil de la esbelta torre de su iglesia. Desde allí, con su voz metálica, sigue advirtiendo a los feligreses, a los verdaderos creyentes... Para algunos, sólo tañe, en ruido más o menos agradable; para otros, incluso, les cuenta exacta, por badajadas, la hora que viven, y para otros pocos, incluso, les habla en lenguaje divino, sereno, magnificante, de la vida eterna: toque de alba, de oración, de ánimas, de angelus, de agonía o clamor de gloria...

—Calienta el motor, Nunk—le dijo Juan, preparando la salida a sus huéspedes que aun estaban en sus habitaciones—. Voy a ver si están listos para la iglesia—terminó por decirle, mientras se dirigía al interior de su propia casita... Tugurio sucio, deteriorado, pero que Juan

Phillips defendía con ahinco y valentía...

—No escuchan las campanas de la iglesia, hijo — le dijo, agorero, Nunk.

Era su carácter. Tenía que actuar de aguafiestas. No sabía ver más que el lado malo, triste, desesperanzador de las cosas y las situaciones... Pero era bueno y quería con verdadero amor, como si su propio padre fuese, a aquel hombretón, casi titán, puesto a avanzar con firmeza sobre lo pedregoso de las

«rutas infernales», que tenían su paso por Asheville Forks...

—Se están arreglando para largarse—fueron las últimas palabras que Juan oyó de Nunk en el momento de volver a transponer las mamparas de aquel hogar infesto, que por eso mismo merecía el esfuerzo de una gesta de la higiene y la medicina.

Y en lo alto de la torre del campanario volaban hacia lo infinito, hacia lo sólo accesible en vuelo de almas, los sonos compactos, graves, de las campanas...

«...Y EL SEPTIMO DIA, DESCANSO»

LAS naves de una sencilla iglesia acogen en aquella mañana a los feligreses de Asheville. El buen pastor, con su acostumbrada predicación, da su saludo y ofrece, desde el fondo de su alma, el buen deseo de una vida honesta y ejemplar, propicia a ganarnos el eterno descanso, para después de la muerte y en nuestro vivir cotidiano, el buen sendero.

Sonaban ya los primeros toques de llamada a la iglesia. Se desgranaban sonoras y claras las campanadas en su llamar poético, y como mano invisible intentaban llevar hasta el santo recogimiento a los creyentes, y John daba un sencillo repaso a su vestir y su peinado, que aun ni su invitado doctor Braun ni su hija ha-

bían hecho presencia y manifestación alguna para personarse en la iglesia. Se cruzó entre ellos una doble salutación para el día y John advirtió:

—Listos para la iglesia... — en espera de ver salir a la muchacha acompañada de su padre y que, al pasar, dejara para él esa estela luminosa con que dejan señalado su tránsito las personas queridas, por buenas...

Algo insospechado, por voz de Leni, vino a interrumpir su esperanza. No iba a ser así.

—Lo siento, señor Phillips — te recalco Leni —, pero creo que es mejor que ni siquiera vayamos a la iglesia con usted — aun dolorida, por la presión que John había hecho la noche anterior para que ellos conti-

nuaran sus visitas y sus intervenciones.

—Pero si todo el mundo espera conocerles. La mayoría del pueblo está en la calle para ver al nuevo doctor—insistió él, animoso y para inducirla a comprender el enorme esfuerzo que él estaba haciendo para solventar la difícil posición adoptada.

—Lo sé—aceptó ella—. No piense mal de nosotros...—un poco cohibida por el insistente y para ella impensado ruego, aquella invitación delicada pero con su punto de razón, reiteró—; pero, no vamos a quedarnos.

Tenía razón Nunk. El viejo doctor Braun se dejaba refener, no así su joven y atractiva hija. Denogaba con todas sus fuerzas a John: ni un instante más de estancia en el pueblo... Podía abandonar sus proyectos y buscar otros elementos que le fueran más afines y propicios.

—Pero, querida...—quiso suavizar su padre.

—Hoy nos vamos—señaló en reflejo de una determinación y de lo ya hablado, sin variación por su parte.

Sólo le quedaba a John un argumento, un resorte verdadero, para coaccionar a los tan inteligentes como unidos padre e hija... Y, sin dudar, a él acudió:

—Pero doctor, no está bien—indicó con sinceridad—que nos juzgue por la noche pasada... Usted bien sabe que no siempre será igual...—ratificó, convencido, del enorme sacrificio realizado por los recién llegados y la conveniencia de que prosiguieran en Asheville.

Habla súplicas dignas en el tono. Confesión de que su imposición era debida al imperioso momento de urgencias que él conocía como nadie... Tiempo ganado a la muerte podía llamarse el que con su intemperancia había logrado en anticipada premura. Le dolía las molestias que les causó, pero no se arrepentía dado el resultado obtenido... En cambio, Leni se obstinaba. La Ciencia le había arrebatado un ser querido de su corazón, una bella rosa de su pasión joven, un cariño apenas nacido en otro joven médico, promesa ya sin realidad, y ahora veía en la vida constantemente captada por las necesidades de los enfermos, abocada a un pago de incompreensión y sacrificio para su sabio progenitor y también maestro. Y con entereza se negaba a ello. Y por todo ello, viéndose ella misma también sacrificada, tal vez inútilmente, se revolvió algo nerviosa:

—¡Oh, por favor, señor Phillips, no insista con él! El se dejaría ma-

tar por los demás, pero ¡yo no se lo permitiré!...

—Quisiera ser condescendiente, pero...—dijo el doctor Braun.

No era en su hambria apocado, y John, resuelto, respondió:

—¡Bien, no podemos atarlos aquí. Este es un país libre.

Asintió el doctor Braun hablando con Leni y se entabló entre ellos un breve diálogo en su lengua vernácula. La llegada del siempre discolorado Nunk puso una tregua, una pausa en la discusión. Entró diciendo:

—Buenos días, amigos. Cómo so-
plá...

Miró a sus amigos; notó el ambiente poco propicio a bromas y tuvo el acierto de proponer limpiamente:

—Bueno, vámonos, hijo. Vámonos tú y yo a escuchar el sermón. Después de la tormenta de polvo, el cura siempre hace su sermoncito.

Iban a salir la pareja de John y el poco virtuoso médico rural, cuando el doctor Braun dió una solución rápida, breve, pero tan bondadosa y agradable que disipó nubarrones de posible final tormentoso.

—Ya está decidido. Después de todo es pura cortesía. Leni, vámonos a la iglesia. Y trataremos de explicarles a las buenas gentes por qué no podemos quedarnos.

Bajo esa impresión, con ese decidido propósito de ausentarse, fueron

los cuatro a cumplir el deber religioso de santificar las fiestas y la voz del sacerdote, que no por tonalidad fuerte, sino por fuerte fondo moral y verídico, llenaba las naves del santo recinto de la casa de Dios y como un bálsamo suave dejaba caer desde su lugar de predicación:

—En su inmensa sabiduría el Señor ha creído necesario castigarnos con una terrible tormenta de polvo. Mas, aun así, yo os digo que debe haber quejas. No nos deja de su mano, aun en los momentos de angustia y prueba, en las horas terribles que como modernas plagas nos lie-
guen a herir...

Y afirmando el concepto de ofrecer nuestro esfuerzo y nuestra voluntad en deseo de superar el momento de dificultad, les añadió:

—Necesitamos valor en nuestros corazones y palas en nuestras manos.

La coral voluntad respondió en un místico y sentido amén.

—Hoy—prosiguió—, en este domingo consagrado por el Señor, brilla el sol que El nos ha dado: la tormenta ha cesado...

Su forma de hablar, siempre comedida, siempre presidida por la sobriedad y un tributo de exactitud y verdad, hizo que ahora, en aquella ocasión, sus oyentes buscaran con la mirada al mencionado en las manifestaciones del sacerdote:

—Hablo del doctor Carlos Braun, ¿que se halla entre nosotros!, y a quien, cuando terminéis las presentes oraciones y función religiosa, podréis dar la bienvenida personalmente.

Y de nuevo, lleno de santa y devota unción, inició el ruego al Altísimo:

—Damos gracias al Señor por habernos enviado a tal hombre y a su buena y caritativa hija para ayudarnos. Que puedan permanecer cerca de nosotros, honrados por todos y bendecidos por Dios. Amén.

De entre la separación de los bancos salía un poco una pierna endeble, defectuosa, aquejada y perjudicada por una parálisis infantil, entablillada por la presión dura, acerada, de unos aparatos ortopédicos. Pertenecía a un muchacho, un niño aun, considerado como enfermo sin curación momentánea posible...

A la salida, en el momento de ir a trasponer el vestíbulo de la iglesia, la madre del niño aquel, con esa decisión que tienen las madres para intentar la salvación de los hijos, le preguntó, sin esperar presentación alguna más, que la que dieron las miradas de todos para reconocer a los forasteros:

—Doctor Braun—dijo después de

su respuesta de «Buenos días». He oído decir que es usted un gran cirujano. Si pudiese usted mirar a mi niño...

—¿Qué pasa?—respondió el llamado.

—No tiene que cojear toda su vida, doctor. Podría curárselo usted para que caminase bien otra vez—pedía con insistencia la madre dolorosa.

—Tendría que examinarlo primero. Es posible que una operación le...

—Es posible, doctor, lo sé. Le llevé a una clínica una vez y me dijeron que podría curarse con una operación. No tuvimos dinero para pagar el hospital, doctor. Tampoco tenemos ahora—afirmó aquella mujer, que vela a su hijo desgraciado y sufriente—. Pero usted—siguió suplicando—podría examinarlo y podría operarlo. Usted dijo por la radio que casi siempre tenía éxito con los niños. Cuando supe que venía usted aquí consideré que mis ruegos en las oraciones habían sido atendidos.

Una amplia sonrisa de esperanza iluminaba la faz de la madre, y los ojos del doctor Braun iban de la madre al niño y de éste a la madre...

—Ya le he dicho a Billy que usted podría curarlo.

La misma firmeza de la madre, henchida de fe y de ilusión, cortó y cohibió la libre voluntad del sabio y bondadoso doctor, quien dijo:

—Pero si todavía no lo he examinado.

—Pero podría usted hacerlo. Operarlo, doctor. Usted lograría que caminase bien otra vez. Para usted, eso es una cosa fácil, posible... Oh, por favor, doctor, por favor.

—Bien, bien—prometió—. Bien, ya le examinaré.

—Gracias, doctor, muchas gracias.

Así terminó la mañana del segundo día del doctor Braun y su hija, en la hostil localidad de Asheville, confluencia de «rutas infernales»...

...

Leni proseguía en su cerrado criterio de marcha. Nada la hacía cambiar de modo de pensar. No admitía ni la posibilidad de una demora, de una pequeña concesión de un retraso, en el abandono del lugar. Pero ganó ante el corazón de oro del padre y tan digno doctor el ruego hecho por la madre, aun desconocida hasta aquel mismo instante, en que se ponía en contacto ella, para sal-

var otro dolor, otra llaga en lo físico, en lo humano.

Y comunicó su decisión a su hija, con un sobrio:

—Echaré un vistazo al niño.

Tenían que marchar en el plazo breve de una hora. Y ante las manifestaciones de Leni, sus reiteradas demandas y firme posición ante la marcha, prosiguió diciéndoles:

—Qué puedo hacer. La madre me lo suplicó. Solo tardaré una hora.

De nuevo volvió John a parlamentar con Leni. Había, pese a tanta disconformidad y prisa en ausentarse por parte de ella, una nascente amistad profunda, un diablillo enredador que hacía presentir amores y amores.

Pero, quien en realidad estaba consiguiendo retrasar el regreso, la pudiéramos llamar prudente huida, retroceso inducido por la falta de medios era aquella madre que, piadosa, fué a rogar al sanador de cuerpos, oyendo el consejo del sanador de almas.

—¿No ha cambiado de parecer? —quiso saber John, al hablar con Leni.

—No.

—¿Oyó lo que dijo el sacerdote referente a su padre?—satisfecho de haber sabido ser justo y recom-

pensar en algo la noche anterior.

—Sí—respondió, como si su conversación la hubiera reducido a monoslabos.

—De todas formas «no cortó hielos», ¿eh?—inquirió John.

—¿Hielo?... no sé lo que quiere decir.

—Quiero decir que no influyó para nada. ¿Cómo se llamaba el programa de radio en el que hablaron ustedes?

—¿Se refiere usted a «nosotros», el pueblo?—supo responder Leni.

—Sí... nosotros, el pueblo, siempre nos dejan en la estacada.

—Está usted disgustado con nosotros, desengañado. Oh, no le culpo a usted, pero...

—Mire, no hablemos más de ello, ¿quiere?—demandó Leni.

—Oh, yo quiero que comprendan ustedes que necesitan un hombre más joven que mi padre. Ustedes necesitan...

Una confusión de ambos les hacía hablar alejándose uno de otro, y no ver que habla una providencial llegada y un encuentro si bien casual, que tal vez fuera la atadura de sus dos existencias.

John volvió a dar una prueba más de su carácter y de su entereza y fortitud. Quiso y pudo darle a com-

prender a Leni el verdadero fin y los medios empleados para conseguir retener, aunque sólo fuera unas horas para dar lugar a la curación del niño, tan inocente mártir, apoyado en las rígidas tiras.

Tras la espera de intentar Leni hacer su equipaje, preparándolo todo para llevar a término su ya decidida vuelta a su primer lugar de partida se encontró de nuevo con John, que le dijo, casi con cariño, con mimo como a una niña:

—Si se quedase usted le enseñaría el aigot americano, pero ¿para qué?, usted se va a ir de todas maneras. Si supiera tomar las cosas como su padre...—terminó en son de queja y leve amonestación.

En la entrevista que Nunk y el doctor Braun tuvieron después del reconocimiento del niño con parálisis infantil, en la extremidad izquierda, tuvo casi caracteres de consulta. Se habló de colega a colega, de médico a doctor y de doctor a médico. Se diagnosticó en psicosis superficial, dentro de una parálisis infantil y le encargó, al fin de ella, se tuviere a mano todo lo necesario para el próximo día por la mañana ir a la intervención quirúrgica.

—Hoy es domingo, hermano. Las

farmacias están cerradas como una ostra—le respondió Nunk.

Y, en cuanto a Leni, recibió la negativa que ella tanto temía de su propio padre, quien le refutó su intento de regreso.

—No, querida, pequeña. No nos vamos hoy. He prometido a la madre que le operaré mañana.

Horas más tarde, después de un rígido y estricto servicio e intervención, y una operación magnífica, delicada, superadas las horas y los segundos terribles en que los velos de los crespones de la Parca acariciaban con sus revuelos otra vida salvada.

—Desde luego, he hecho esto muchas veces—advirtió el doctor Braun al terminar su operación—. Ah, caminará nuevamente, pronto, y sin útil ortopédico.

Era, pues, una gran victoria médica. De nuevo, sin excesiva fuerza de coacción por parte de John, una nueva demora afirmó más la estancia de ellos entre aquellos que con tanta insistencia le habían reclamado y estaban necesitados de sus manos y de su excepcional inteligencia.

—Nos quedamos, y tal vez le veamos caminar—anunció el doctor Braun.

Pero es que John no actuaba solo

en aquella faceta de la vida del lugar. Tenía en su departamento de trabajo, en una aula preparada a mayor asesoramiento, para más completa seguridad, una reunión con los demás miembros y elementos afectos y a quienes redundaban los resultados de la anómala situación creada, con aboque a una ruina o una situación caótica en los aspectos de riqueza de trabajo, necesidades y carestía en un límite en que la obligatoriedad de defensa se hacía visible a cualquier hombre puesto en el terreno de lucha.

Su voz sonaba en el ambiente de la sala, con timbre un poco ronco; en el cansancio y en la aspereza se obtiene ese sonido. Los que le conocían le apreciaban, pero reconcilian todos, amigos y enemigos, que cuando tenía que enfrentarse con las resoluciones tenía genialidades, rasgos de tanta entereza y denuedo que le hacían presentarse, ante cuantos tuviera que actuar, como un buen cabecilla.

—Canales de regadío. Paredes vegetales, en aminoración de los vientos, aros en círculos. Otros lo han hecho y han salvado sus terrenos, y nosotros podemos hacer igual—terminó diciendo, con tan poderosa entonación que sus oyentes, aun los siempre reacios, se dejaron

arrastrar en la corriente de su impetu. Probado ya un punto vital, quiso ir más allá.

—Escucha John, no tengo nada en contra de estos folletos, pero lo que quiero saber es esto... ¿Puede el Departamento de Agricultura darnos seis pulgadas de lluvia?—y puso en sus labios, contra John tanta bilingüe malquerencia, que lindaba en el odio. Su ataque era destructor, porque había causa y quejas ante la falta del necesario líquido, del oro transparente e incoloro, sin caudal de riego sería necesario abandonarlo todo, traspasar una línea lejana en busca de otros campos y otros horizontes... Sin lágrimas de las nubes, la tierra se agrieta en rictus de dolor... Y, noble, sincero, John sintió el punzazo que tiró Higgins, en pleno pecho y respondió, con recta advertencia:

—Quisiera que pudieran hacerlo, pero si hacemos lo que nos dicen podríamos utilizar la poca lluvia que tengamos. Estos planos han sido hechos por expertos cerebros y manos adiestradas para ello, al servicio tuyo y de todos nosotros si lo sabemos utilizar y escoger. Ellos conocen nuestros problemas...

No se presentaba la reunión favorable a Phillips. Y alguien no comprendió que todos tenemos algo

que no sabemos, por mucho que sepamos... y un viejo campesino, herido en su amor propio, también, sin darse cuenta, hizo juego en favor de quien bien claro pondría, en su día, más adelante, que sólo su ruina y pequeños ahorros andaba buscando.

—Ningún profesor universitario me va a enseñar a cultivar mi terreno...

Sabía John pasar con desplante ante los discursos y los malos. Los conocía pronto. Y no dudó. Convenía una respuesta contundente para afirmar la confianza que sabía le tenían y que debía conservar, pues valía y estaba reconocido su valer para el mando que le habían conferido. Y, sin titubear, les dijo:

—Miren señores—acompañando la palabra con gesto de decisión ante las pizarras, y dando cara y mirada abierta a sus interlocutores e incluso a sus más declarados opositores enemigos—dejemos las discusiones y no nos engañemos. Nos hallamos todos en el mismo barco y nos vamos a hundir todos, a menos que nos unamos. A todos se nos ha hecho entrega de una orden de desahucio.

Le conocían suficiente, a pesar de las discrepancias que pudieran

RUTAS INFERNALES

surgir para saberle muy amigo de la verdad y no carente de rasgos muy dignos de ser tenidos en cuenta, y eso le valió un silencio que dejó tiempo para dejar una frase de fácil comprensión y tono festivo para al-

zar el ánimo decaído de los en algo apocados o pusilánimes...

—No parte del tío Sam, banco e hipoteca, sino de una ciega señorita a quien hemos tratado mal: La madre Naturaleza.

ANTE LA TIERRA SEDIENTA

CON un puñado de tierra seca, hecha polvo ocre, tierra sedienta en fin, los hombres que hunden su azada en la superficie para cultivarla saben que no se riega con lágrimas de los ojos, que la tierra tiene su bíblica indicación que parece no olvidarse jamás: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente...»

Polvo sediento, cuando el sol ha ido quemando con sus caricias fuertes, sin el mimo imprescindible del agua, del líquido oro que cae del cielo o surge, en nuevo constante milagroso manar, cual a Moisés acaeció. Sedienta tierra que pide a gritos los besos castos, fecundadores, de la lluvia que amará, esponjará, preparando la fertilidad que le permita ofrecer al hombre la vida, he-

cha frutos, en llamas verdes de vegetación, en alimentos, en árbol del bien y del mal, en fin... Con la cuneca de ambas manos llenas de tierra reseca, sedienta, los labriegos, como hombres hechos bronce, viven bajo la llama del sol, piden remedio a su mal y alzan la mirada al cielo, en demanda del milagro de la bendita agua de allí caída por voluntad de Dios.

Pero cuando llega la maravilla del arco iris, natural emblema de la paz, y se da entremezclada agua y sol, puede verse sobre la curtida tez de esos hombres la luz hecha cristal, brillantes que sólo duran unos segundos en su resbalar por las mejillas, lágrimas escasas, y surgidas de una incontenible emoción, y esos caballeros del terruño, saben ser

fuertes y calladamente heroicos... pero, la oración en demanda de agua es siempre tan sencilla, tan sentida, que ellos, los creyentes al ver realizada su demanda, comprenden la magnífica magnitud y perdón divinos.

El diálogo cazado al vuelo, vuelo de golondrina en pasada rasa, un poco en beso a la tierra, nos hace oír, entre mujer y hombre, campesinos, labriegos... su estado de ánimo, su ansia más intensa:

—Maria, estamos todos cavando, haciendo zanjas, como él nos ha dicho, pero me sentiría mejor si se nublara.

—Tendremos lluvia—afirma, la esposa, que sabe del influjo de dar un aliento de esperanza con la fe viva del buen deseo—. Necesitamos que llueva.

Pero Nunk, el refunfuñón médico, el viejo doctor Atterbury, pasa por allí y quiere dejar en el diálogo su gotita de amargura, su comentario de pesimismo:

—Oh, tardaremos un año en arar este terreno, a merips que se nos presten tractores...

Pero para que la balanza no se desnivele, para que exista equidad, John le tuerce desde su destartado cachivache con ruedas y motor chisporroteante de ruidos:

—Bueno, ¿por qué te crees que

voy a Harrisbury... a ver una pellucula?

El encargo que se le había encomendado a John era delicado. Su gestión quería aportar facilidades en la labor que les estaba encomendada a aquellos colonizadores. Aquella sequía pertinaz, aquella lucha por repoblar y engrandecer, dando vida propia a Asheville, le hacían dirigir su mirada a la población cercana, Harrisbury. Y allí demostraba él y se percataba por su parte, de los problemas complejos que les acosaban.

—Coge las cosas con calma...—advirtió Nunk al verle poner en marcha su automóvil.

—Muy bien, Nunk; toda gota ayuda.

—Diles al Departamento de Agricultura que no nos manden boletines ni más cuentos tártaros. Esos folletos que nos llueven encima no traen humedad...

Sigámosle en su presencia en Harrisbury y escuchémosle en su conversación con Harris, persona autorizada y de buena guía en esa vecina localidad.

Vamos, pues, a captar un retazo de sus mutuos dimes y diretes, en el despacho de Harris, funcionario que debía brindarle absoluto apoyo a su gestión colonizadora.

—Ahora, he aquí lo que tratamos de hacer al lado de la loma—decía Juan, mostrándole con su índice un lugar del plano de las obras de realización.

—Sí, lo sé. Tengo informes sobre ello por uno de nuestros hombres sobre el terreno.

Sin dejarse sorprender por ello, confiando plenamente en su recto proceder, prosiguió ofreciendo el fruto de sus realizaciones y expuso el resto del plan en vías de realización. John no estaba dispuesto a dejarse indisponer con quien motivos no le había dado para ello. Dijo, pues, con sencillez:

—Sí, pero según sus folletos...

La interrupción que siguió tuvo términos dolorosos. La noticia era dura de decir, penosa de comprender y harto clara, para no comprender su alcance terrible para los afectados.

—Ahora, mire, Phillips: lo malo, por ustedes los agricultores, es que siempre llegan atrasados, tarde...; en su caso diría que veinte años demasiado tarde... No dudo que todos han estado sudando sangre, pero esto no es ayuda alguna.

Si el rostro de John hubiera sido abofeteado, de intento, no sintiera el más intensa llamarada de contenida ira. Y sólo pudo decir, pensando representar la respuesta justa en

nombre de los demás agricultores que allá le esperaban:

—Señor, nuestra tierra representa el medio de vida para nosotros.

Y en ese mismo instante, el llamado Harris dió la noticia hiriente, como mazazo destructor sobre la férrea disciplina de John, que como correo de la mala nueva debía volver al pueblo, y...

—...sus tierras están en este sector que el Gobierno considera perdido. Aquí mismo—señaló en el mapa, fijando el punto indicado—no vale la pena salvarlo.

Una pavorosa palabra nació gigantesca: con llameantes tipos de obsesión sobre la mente, de John Phillips. Una sola, pero con vasta, inmensa trascendencia de todo orden, y preguntó como un grito de todos:

—¿Perdido?... ¿Qué quiere usted decir?...—dijo más en grito que en voz.

Tal vez Harris ya se había preparado para dar la mala nueva en forma de sentencia.

—Perdido..., es inglés claro, ¿no es así? Quiero decir—prosiguió—terreno cansado, estéril. La próxima ventolera le hará desaparecer la tierra de encima que le queda, aun para las mejores alquerías... Váyanse del país...

—Esto es lo que ustedes creen...
—respondió con altivez aún John.

—Es la opinión de nuestros expertos. Sólo hay una cosa que ustedes pueden hacer... si son listos.

Quiso aceptar John la sugerencia, para saber cuál era ese camino que le brindaban como solución después de la proposición de éxodo, de emigración en masa, verdadera orden de huida...

—¿Qué, por ejemplo?—dijo tanto más claro de palabra que con su dura expresión y mirada.

—Dejar de romperse las espaldas y los corazones tratando de aguantar un desierto. Vayanse del país. Mire: se está construyendo una enorme presa; ahí existen grandes extensiones de terreno fértil en espera de pobladores...

El mapa que ante los agrandados ojos de John hablaba en reducida representación de la tierra en disputa, indicó a éste las proporciones de la gesta que se les ponía por delante. La extensión, el lugar, el desplazamiento, lo desconocido, que debía dejarse atrás para siempre...

—Sí, conozco esa presa, pero está en el Oregón... Y nos hallamos a mil quinientas millas de ella...

Y como queriendo aminorar la dolorosa orden dada, concilió y le dió leve tono de ayuda.

—Les ayudaremos — puntualizó

el indicado Harris—, nos ocuparemos de ustedes.

Volvió a surgir la centella disparada en el espacio del genio pronto, excitado, en santa rebeldía, en la absoluta creencia de que habían dado sus mejores arrestos, y claro, violento, casi ofensivo, de tan firme y decidido.

—¿Está usted loco, señor?... ¿Se cree que está hablando con un jornalero?... Nosotros somos agricultores. Somos propietarios de nuestras tierras, como nuestros padres y nuestros abuelos. No nos pueden llevar de un lugar a otro para poner alfileres bonitos en sus mapas. No somos sillas giratorias y todavía no estamos vencidos...

* * *

Ha cambiado la escena. Lugar: ante el mostrador, de ancha valla, ante la «barra» de un tugurio, mitad bar, mitad taberna...

Apura copa tras copa, con esa furia rara que ponen los no borrachos al querer emborracharse. Quiere tal vez ensuciar con las telarañas del alcohol en demasía su clara manera de ver las cosas y su firme modo de actuar, como un disloque en la danza de un «no-me-importa» imposible...

—¿Lo mismo? — dice burlón al volver a escanciar por descontada vez la copa que instantáneamente vuelve a estar vacía... El hombre del bar, el camarero del mostrador, quiere actuar de adivinador, y asegura:

—Usted es de Asheville Forks, ¿no es verdad?... La sequía les ha afectado mucho por allá...

Quiso aceptar Juan la sugerencia, burla y escarnio para él, más dolorido que ciertamente beodo. Y hablando al resto de los presentes clientes, algo alegres por el trasiego, dijo:

—Oigan, muchachos: el viento sopla de nuevo, ¿eh?... Uh, no pretenderá usted regresar a su valiosa alquería, señor, ¿no es verdad?

—Seguro—contestó, en terrible esfuerzo por mantenerse digno en pie—: llegaré allí en dos horas. ¿Por qué no...?—retó aún con fiera.

Y, en pie, como capitán en el entrepuesto en día de gran marejada, alternando ora una, ora otra pierna y pequeño busqueo de punto de equilibrio, del principio de gravedad innato, inconsciente, está otra vez John, que dice retador:

—¿Alguien más piensa que es esto cómico, gracioso...?

OTRA VEZ EN LA BRECHA

DE cómo llegó y a qué recu-
rsos acudió la volun-
tad de Juan Phillips para
lograrlo, no intentare-
mos ni narrarlo. Fué una de esas
gestas que quedan calladas en terri-
ble sacrificio. Sólo recogeremos,
fragmentada, la conversación entre
la dulce Leni y el bravo Juan. Había
vuelto a su lar. Sabía los momentos
que se acercaban y no podía permi-
tir claudicaciones; era necesario ac-
tuar y separar del momento difícil
al doctor Braun y a su muy querida
hija Leni...

—No sea tonta, Leni—le dijo en
cuanto se enfrentaron de nuevo—.
No pierda el tiempo. ¿Por qué no
empaqueta sus cosas, el pequeño
equipaje de ustedes y se van de
aquí?...

Tanta era la amargura y el des-
encanto, que añadió muy fuerte:

—Bueno, siento haber hablado
alguna vez para que se quedase a
nuestro lado.

Quiso ella darle ánimos, inyectar-
le con sus palabras un poco de con-
suelo y le dijo:

—No lo creo...

—Bueno, yo sí—respondió, dán-
dose cuenta de la delicadeza de
ella—só que estoy vencido. Están
muertas esas tierras, dijeron, y lo
están en realidad, y ante ellas nos
estamos muriendo en pie todos y no
tuvimos suficiente inteligencia para
verlo. Esa es la verdad. Eso es lo que
quieren que hagamos. Quieren lle-
varnos al Oregon.

Leni dió su orden de cariño, al
decir:

—Les ordeno que vayan, es una ley. Usted es el jefe aquí. Todos esos agricultores miran hacia usted. Hacen lo que usted dice. Sienten lo que usted siente, y le hicieron una entrega de fe y confianza; es un fraude si les abandona en pleno combate.

—Nuestra ley la escribe el viento y el polvo.

Muchas manitas inocentes se habían hecho plegarias para rogarle al Altísimo el magnífico e incalculable regalo del agua, de la lluvia, y después de días y semanas sin haber caído una sola gota de agua, la lluvia iba a fecundar en probables fertilidades aquellas tierras desgraciadas y resacas.

Las gotas, como perlas, primero espatuladas, alternándose en su caer, aquí y allá, sobre la polvorienta tierra, iban dándole el líquido, la bebida de que como boca de delirante, de enfermo de alta fiebre, se requería para mitigar el terrible castigo de la sequía y la capa ocre, el suelo de los campos, recibía aquel mensaje del cielo, que después había de ser alimento, vida, para los humanos, tras permitir el trabajo de los labriegos y la fecundación gloriosa del zumo de las nubes, que como esponjas blancas y celestes oprimen los ángeles desde lo más cercano al reino de Dios... Cortina que cae como

velo mojado sobre la tierra y hace de ella ese elemento esponjoso, abonado, fácil a la labor de la herramienta del agricultor, del campesino... Sus cuentas, sus granos, sus gotas, traen limpio, en milagroso avatar, en admirable transformación un regalo de las altas regiones donde mora, viéndonos, la justicia divina... y al chocar con la superficie donde posa el hombre iracundo y olvidadizo de El, como lágrimas suyas, se hunden buscando la caricia de tierras no mancilladas... desaparecen sólo un instante, porque después las veréis volver aparecer en llamitas verdes en las infinitas hierbas y vegetales frondosidades, que hasta en los márgenes de las rutas infernales crecen para el bien de los hombres, incluso de los ingratos y blasfemos, a tanta bondad y perdón... Es la lluvia...

—¡Es la lluvia!... ¡Es la lluvia! —dice uno.

—¡Es la lluvia! —dice otro.

—¡Es la lluvia! —exclama con intensa alegría y emoción Juan.

—¡Es la lluvia! —murmura también Leni, a su lado, al notar que como llamada invisible, pero ruidosa, golpea con miles de nudillos la mano de la llovizna que empieza a caer y se esparce propicia por todos lados en magnimidad de reparto.

—Es la lluvia... Es la lluvia...

R U T A S I N F E R N A L E S

—parece decir ella misma, en su chocar, como eco de todas las voces de creyentes y admirados.

—Es la lluvia, Leni. La bendita lluvia. Tócala—la invita Juan. Y salen incluso a recibir a la puerta de sus casas, como amigo que tiempo ha, que se esperaba su visita, y ella, sencilla, amistosa, juguetona, les besa en las mejillas, en la frente...

—El agua—prosigue él—hará desaparecer los colores de sus estúpidos diagramas. Escucha, Leni, casi se puede oír como la tierra se bebe el agua...

—Se siente su caer como música...—advierte ella, y sin elevar mucho los ojos mira el horizonte... Otro milagro de la lluvia parece denotarse en esa intimidad que ha impregnado en nuestros protagonistas...

Están mojándose ante aquella caída ante la pocilga de aquel día de llegada que ahora les parece palacio de hadas, morada de destelleante luminosidad, y mientras va desgranándose un idilio verdadero, incontenible, las dos figuras se acercan atraídas en el imán de su mutuo y naciente amor. Y suave, quedo, pero incontenible, apasionado, avasallador los ata en la lluvia que desde los cielos ya los bendice con la líquida bendición.

—Sólo oigo los latidos de mi corazón—vuelve a musitar Leni.

—Oh, se está mojando... usted. Mejor será que entre...—aconseja Juan.

—Es agradable. Me gusta—asiente con complacencia ella.

—¿Quién es aquel dios de la lluvia, Leni?—dice Phillips, que a veces se complace en conocer y repetir cosas por boca de «su doctora».

—¡Júpiter Pluvius!—exclama ella alegre, gozosa, con una sonrisa casi olvidada en lo más hondo, en lo más íntimo de su ser.

—Sí, ése es el individuo—proclama él triunfante—. Sigue arreando, Júpiter, viejo amigo—exclama burión, contento—. Sigue arreando...

—Todo estará bien ahora. Esto salvará nuestras tierras—dice Leni, gozosa.

Comprende él. Asiente ella. Se funden en uno los pensamientos de ambos. Las lágrimas salen de sus corazones. Tiene razón Leni; parecen sonar más alto que todos los ruidos, que la misma lluvia, en su poético chocar contra la tierra y sus piedras...

—¿Nuestras tierras...?—pregunta él, en la más nueva de las declaraciones amorosas, con palabras materialistas y fondo de tan pura poesía, de límpido romanticismo de amor, que estalla en un beso que se llena de promesas, mientras Leni dice:

—Como usted dice... he empezado a echar raíces...

Esos instantes parecen durar una eternidad y son menos largos, tienen menor duración, que el tiempo de fusionarse, de unirse dos gotas de agua, en una sola...

La casual llegada del doctor Braun corta momentáneamente el naciente amor, el idilio nuevo que nació mientras la lluvia besaba también la tierra sedienta.

—Creo que voy a saber lo que le pasa a uno cuando besa una muchacha en las mismas narices de su padre—dijo sonriente Juan.

Presintió sin error el padre, y ahora podía decir:

—Mejor será que averigüe lo que pasa cuando ese beso es debajo de las narices de ella...—dijo él con cuquería de viejo comprensivo.

La muchacha era tal vez la más cohibida y sólo supo decir ante tan súbitas y seguidas emociones—: ¿Le sorprende vernos besar bajo la lluvia?

—Besándose, no—dijo el doctor, admitiendo el noviazgo, para él, por presentido, no sorprendente ni nuevo; en la lluvia, sí...; queréis empezar por pescar una pulmonía—añadió, seguro de serle comprendida la suave amonestación y su completa satisfacción por la felicidad

que podía nacer para su pequeña Leni.

—No creo que cojas... un catarro—dijo ella sin convencimiento.

—La receta del doctor Atterbury sería entonces... ¿cómo se llama?... un gran... uh... sí... un gran jarro de «whisky».

No quiso él penetrar en más detalles. Quería hablar un poco consigo mismo, y tal vez, ¿por qué no decirlo?... con el regañadientes de su viejo Nunk, esta vez mejor doctor cardiólogo que la más excelente eminencia especialista... incluso que el propio bondadosísimo Carlos Braun... Y allá se fué, en su encuentro...

Mientras Leni metía su cuerpecito de mujercita ideal de nueva novia ilusionada en su camita sencilla y con el roce suave del embozo de su sábana, muy arrebujada cerca de su cuello, notando ahora un leve escalofrío, más de emoción que de frialdad, habló con su padre con una ilusión tan nueva, que le parecía notar en las venas correr un flúido de optimismo y de esperanza para todas las cosas. Y sin saber cómo expresar en ideas, en palabras, el vibrar de su alma, le llamó a sentarse en el propio lecho, entretanto el doctor Braun encendía su querida pipa.

—Oh, papá, él es tan... él es tan...

—Sí, sí, pequeña—dijo como el doctor solía llamarla cariñosamente—. Y remedando, imitando un poco las atzotpaladas cadencias de la voz de Leni, exclamó—: El es tan magnífico. Tú, según él, eres tan maravillosa. Todo es—continuó, jovial y con cariño—tan maravilloso. Y ahora te voy a dar—anunció—una gran noticia. Ya verás, ya...—dijo, mientras con delectación prendía llama a la carga en su pipa—. Una de las más importantes clínicas de América me ofrece trabajo allí... No te lo dije antes porque no estaba seguro si querías irte de aquí; ahora estoy seguro que lo que deseas es quedarte...

—Pero no vas a rechazar una oportunidad tan magnífica...

—No, no—dijo con sabido sacrificio paternal—; pero no hay prisa. Me dan noventa días para pensarlo, así que esperaré hasta que te cases.

Hundió su cabecita en la blandura de su almohada y soñó despierta, con el amplio vuelo lleno de realidades de un ser bueno, enamorado y joven, y en su delirio de fantasías, de soñar despierta, sólo supo decir, a flor de labio:

—El cielo da lluvia... Escucha esa lluvia, ningún sonido es más maravilloso.

EN CARAVANA, RUMBO NORTE

SUS luchas con ser justas, paralelas, tenían discrepancias, conceptos contrarios, porque estaban creados en distintas maneras de vida y en diferentes tierras. Ella, doctora, creada en las aulas rígidas del estudio y los hospitales y clínicas, con un mentor tan exigente como sabio, su padre, el famoso doctor Carlos Braun, que ya, por temperamento y por corazón, veía en su hija la luz de una vida como la suya, que tantas otras había salvado... Y él, Juan Phillips, un hombre puesto en pie como un tronco robusto y poderoso, una cabeza con firmezas y decisiones de voluntad y de buenas y altas ideas, aunque surgido en los campos, en la vida tensa, dolorosa a veces, de las alquerías, de las ha-

ciendas, en fin, en contacto pleno con el sol, el viento, la lluvia y la Naturaleza toda, espléndida, magnífica pero difícil de conquistar sin el arrebató del entusiasmo, de la fe, del trabajo... Los surcos dan frutos, pero hay que roturarlos y la frente se perlea en corona de gotas de sudor...

—La lluvia... ¿la oyes? Una orquesta sinfónica no produciría música más dulce—decía John, hablando con su amigo Nunk en sus habitaciones.

—¿Qué dices?... Repítelo—suplicó el viejo, sorprendido de la sutilidad.

—Dije que es encantador el sonido de la lluvia que cae sobre el techo.

—No puedo oír una palabra de

lo que dices a causa de la lluvia... —dijo con intención el doctor Atterbury, y continuó, como en íntima reflexión—: Oh, oh, estoy contento de no estar enamorado...

Y era que había pasado una ráfaga de amor, y éla su debido tiempo o no supo o no quiso recibir esa dulcísima caricia.

Una carta del que creían muerto, del desaparecido Eric enturbió la melodía y el poema.

La felicidad humana en el carifio, en el amor, tiene y debe tener una piedra de toque para conocer su valía, su legitimidad, su verdadera existencia, y es el sacrificio, las contingencias inevitables, dolorosas, que la vida trae. Para Leni y Juan se presentó en forma de la noticia de que allá en otro lugar distante, había aparecido el que dieron por muerto, el antiguo amor, que por ausente y sabido imposible, por perdido, había ido difuminándose, desvaneciéndose, hasta quedar, primero, como un solo recuerdo, y más tarde, con el beso prendido en fuego de limpia pasión de Juan, bandeado para siempre...

—Pero, querida, os ibais a casar —indicó con criterio el padre.

—Lo sé—el amor no atiende a razones—, padre, pero de eso hace dos años. Y ahora es otra vida, otro

mundo; es como si alguien resucitase...

—Comprendo lo que sientes, querida...; no es fácil saber dónde termina la fealdad y dónde empieza el amor... Pero no puedo ayudarte —afirmó severo—. Tal vez cuando Eric venga a América él comprenda.

Pero quien comprendió fué el alma sensible de Leni. Supo con entereza y rectitud ser mujer y anunció vencidose a sí misma:

—No. El lo arriesgó todo por nosotros. Le debemos nuestras vidas; siempre me acordaré de eso. Y... —aquí surgió la sugerente imagen, en su interior, en su cerebro, en todo su ser, de aquel bravo y decidido mozo, aquel hombre luchador que había sabido sin blandeces, pero con delicadezas insospechables, decirle: «Te quiero...» en el más embriagador de los idiomas, dentro de un mirar que fué promesa, cumplimiento y esperanza.

—Siempre me acordaré de esto y trataré de olvidar...

Leni cubrió su rostro con las palmas de sus manos, y la lluvia, la más doliente y dolorosa de las lluvias, brasas como líquido de cauterio, brotó de sus ojos para regar el rosal de dos rosas de sus mejillas.

Y en ese llover, esa tempestad —para algunos excépticos de avaso de agua...— tiene también su co-

secha espléndida, exuberante, en los inaccesibles jardines de las almas románticas, o si os oponéis, en que reina el amor... La convulsión de un sollozo, da temblor de pájaro herido a Leni... Y, efectiva, real, suena como una «Rapsodia en azul», moderna «Inacabada», la música de la lluvia de las almas y los corazones noíes, los sollozos que resquebrajan y denotan las grietas que deja el dolor... Lluvia... Sollozos... Sinfonía de las gotas, de las lágrimas, como despertar de un invisible silofón de cristal, de plata, que dijera la queja en desgranar de diminutas notas...

Las explicaciones no eran necesarias entre ellos, pero fué imprescindible una aclaración, una delimitación de propios sentires. Encararse con los problemas tiene ganada media solución. Así Leni y John supieron con valentía intentar ser muy nobles con aquel ausente que volvía y decirse mutuamente su verdad.

—He estado despierto en mi habitación durante horas tratando de comprender esto, y me parece imposible, incomprensible —dijo Juan, con la cerrazón del que no puede aceptar ni comprender los hechos innegables... Volvía el otro cuando el amor había muerto y vuelto a prender en ellos, en nueva llama, que les hacía un poco víctimas.

Supieron ambos renunciar, aunque Juan proponía dejar de lado el antiguo compromiso, decir la verdad, plantar cara, ya que su nuevo amor era cierto, vivía en sus corazones, y era injusto no seguir el impulso de sus propias voluntades.

Sólo un comentario flotó al final, vigoroso, de afirmación, en Leni:

—Sólo nos hacemos más infelices, Juan querido... Por favor, por favor, vete... No oculto que te quiero —exclamó decidida, en franca confesión— y no puedo luchar contra ti más de lo que puedo luchar contra él o el viento...

—Creo que estamos los dos locos al permitir que un fantasma de lo que pasó se interponga entre nosotros...

* * *

Otra nueva convulsión vino a tocar de lleno en Asheville Forks. Otra nueva plaga, otro nuevo flagelo, atenazó el ánimo de sus sufridos y tenaces habitantes. Las tempestades pasaron con grave daño, con turbión de contenidas y después desatadas ansias, sobre casas, calles y campos. Dejó de su paso ruinas, pobreza, destrozos, miseria...

La radio incluso dió su información en rápido reportaje, diciendo desde sus micrófonos instalados

provisionalmente en los escenarios afectados, al decir su locutor:

—Asheville Forks va a iniciar su éxodo hacia Oregón. Todos sus habitantes están embalandando y sacando sus muebles y enseres. Se va a emprender una marcha en caravana de un pueblo entero que intenta la difícil gesta de encontrar nuevo asiento en otras tierras más fértiles, más productoras...

Y así, llevando al frente el coche de Juan Phillips y a su lado el carrabias de Nunk, se ve sobre la cinta de alquitranada carretera, moverse un gusano gigantesco, larguísimo, de tantas articulaciones ondulantes, como coches nuevos o viejos, elegantes o desvencijados, se encontraron en el poblado.

Han unido sus destinos y van a intentar la avanzada hacia el lugar de esa tierra prometida en los lejanos confines de Oregón, tras una travesía cuyo punto final, cuya meta se encuentra a mil quinientas millas... Y ante sí sólo les marca la senda el índice plano de la cinta de una carretera que sigue inclemente camino adelante... Y allí, frente a todos ellos, va ese hombre en el que confían muchos, y mucho.

Juan Phillips sabe la responsabilidad de un mando y cuando su motor ronca, le habla de conquistas, de luchas, de victorias, pero también le

augura insospechados tropiezos, posibles traiciones, ingratas incomprendiones... Y sigue con su pie en el acelerador, y sus manos fuertes, sin presiones ni pulso convulso, cogen el volante en dirección a esa raya quieta que se forma en el más allá del paisaje... Es la personificación del Guía, del Conductor, que se lleva en cabeza por él; sostiene bien fija y erguida la suya, por su mirada vigila el horizonte, aunque en su pensamiento se recorte como en un medallón la imagen de Leni...

Y así es posible, en determinada marcha, verles avanzar. Son hilera de multiforme exposición de tipos y modelos: la antigua carreta cubierta de toldo ha sido substituida aquí, esta vez, por el coche, por el automóvil... Son llantas y neumáticos de goma, sobre las «rutas infernales», y tal vez por ello no es extraño ver y denotar en su curso y en la marcha, en el paso de las horas y los acontecimientos, que surjan aquí, en este coche, en aquél o en el de más allá, el acontecimiento la anécdota o el chispazo, la insidia que ha de traer a primer plano un nombre nuevo en nuestro relato: Higgins, ese imprescindible oponente que con su labor demoleadora, distorsionadora, sale siempre como hongo veneroso al pie de los

árboles que elevan su estructura vegetal hacia el cielo.

Su mando lo obtuvo al señalar la forma en que veía aquel éxodo.

—Si no hay nada obligatorio en esto. Pero puesto que tenemos que irnos, hagámoslo como un ejército y no como un rebaño. Hagámoslo como un avance y no como una retirada. Yo no quiero irme, lo mismo que ustedes—advirtió, sincero— Hace unos meses era yo quien decía que debíamos quedarnos y luchar; luego luchamos y perdimos. El punto sobre el mapa es Oregón. O sea a mil quinientas millas de aquí y es una distancia grande en cualquier país... Pero es un país nuevo. Permaneceremos juntos y unidos nuestros capitales y esfuerzos...; podremos vencer.

Marcharon. Hubieron vicisitudes, y nació, incitada, encendida por Higgins, la excisión, el morbo de desunión, la semilla de derrota por cuarteamiento... Pero no era necesario que se lo hubieran comunicado y advertido a Juan; sabía éste bien ser jefe y llevar a nueva tierra a sus seguidores, y para ello era necesario que supiera también descubrir aquellos que se tercían en el camino en la senda buena, en el sendero que conduce a la buena nueva situación, en los límites señalados para establecer la población a producir. Y con

la advertencia, con el aviso de Nunk, Juan se encaró con Higgins, con el pleno convencimiento de que no obraría éste con nobleza, pero se sabía potente y aceptó el reto.

—He oído decir que me quieres hablar—dijo Higgins al presentarse requerido por él.

—Sí; quiero pedirte que dejes de armer camorra—contestó en el mismo lenguaje que el otro empleaba para hacer bravatas a su espalda.

—Oiga, señor; porque viaja en el coche que va en cabeza no quiere decir que usted es el dueño de esta tribu. Hay muchos que piensan como yo. Ahora, ¿qué piensa hacer?

—Ya sé que una manzana podrida puede echar a perder toda la banana. Siga en línea—ordenó con plena severidad y conocedor de que su tiempo respondía también al mismo compás de otros muchos que les seguían—y déjese de hablar por los codos, y cuando acampemos esta noche, si tiene algo que decir, le escucharé.

Sabía bien que aquello daría por resultado una nueva campaña de sus insidias entre los seguidores y entonces él sabría qué partido debía tomar, según la rectificación de confianza que le fuera otorgada.

—No tengo por qué recibir órdenes de usted—fué la insolencia in-

admisible que tuvo que reprimir en el acto.

—Es usted un idiota, Higgins. Esto no es mío... es de todos. Yo no pedí administrarlo, pero mientras yo sea el jefe, va usted a recibir órdenes de mí y le tendrá que gustar...

Tras esa insolencia de Higgins, éste que se proponía atribuirse el mando para proseguir hacia otros derrotados, pidió la parte de los fondos que pertenecían a los que decía él capitaneaba.

—Nosotros vamos a Oregón donde hay tierra para nuestros cultivos. Tómelo cuando quiera ese camino, pero deje de soliviantar a la gente.

—No me va usted a embaucar con esa palabrería. Nos vamos, pero antes queremos el dinero que hemos metido en la empresa.

—Ni un céntimo, Higgins. Usted sabe para qué es ese dinero...

Y aquí nació el insulto burdo, que dió motivo al castigo del fulminante nervio de Juan.

—Yo no supongo que será para aquella mujercita extranjera que le ha hecho perder la cabeza...

Como si la última palabra fuera un resorte automático, también la

cabeza de Higgins notó algo así como un temblor de tierra y la presión sobre sus narices del puño contundente de Juan Phillips, que acababa con el salivazo de sapo, de la mala intención indigna de un caballero.

Sólo se oyó, después del golpe seco, la voz de Nunk al decir:

—Directo al blanco... Bonito golpe. En la misma boca... y apuntando a la nariz.

—Venga impetuoso joven Moisés—fué la salutación del doctor Braun, que también había seguido en su marcha a los agricultores de Asheville—. Si usted conociera la Biblia, recordaría que los hijos de Israel tuvieron muchas dificultades hace cuarenta siglos. Luego adoraron el becerro de oro... ¡ja, ja!...—en risa sincera—. Ahora también busca la tierra prometida, pero nunca puso pie en ella.

—Bien, eso puede aplicárseme a mí, doctor. Mi corazón estará en ella...—exclamó, pensando al mismo tiempo en la tierra prometida y en aquella prometida cuyo recuerdo y cariño dibujaba su recuerdo con líneas vivas en su imaginación.

LLUVIA Y SOL...

DE las Incesantes luchas de la vida surgen soluciones impensadas. Así para esta pareja que se encontró para su suerte en Asheville Forks, nuestros Leni y Juan!.. Se cubrió el camino, dejó la pedregosa y difícil senda de soleada carretera de ser «ruta del infierno», ni mucho menos al «infierno»...

Dejó también el doctor Eric demostración patente de no tener corazón ni tenerlo para la dulcísima Leni..., y el bravo luchador, el caballero, en mangas de camisa, pudo ver su sueño de una noche de lluvia realizado, al hallar fundidos cuerpos y almas, engarfiados casi, ante sus dolorosos destinos antes, ahora, después de la marcha, flor nacida con la lluvia de las lágrimas

y que permitía afirmar que Leni y Juan podían personificar y encarnar: el sacrificio y el tesón, la bondad y el ímpetu.

Y como una oración final, como un rezo de augurios benefactores se oyó en la nueva capilla la voz de doctos y santos tonos:

—Dios Todopoderoso, en este refugio, nuestro templo provisional, pedimos tu bendición, tu merced. No hemos tenido tiempo todavía de construir una iglesia, Señor. Tú comprenderás que era más importante construir pajares, silos, y edificios, y escuelas... Pero muchos corazones, nuestros agradecidos corazones, son tu eterno templo. Te damos las gracias, Señor, por esta rica tierra a la que nos has conducido y por los fuertes y trabajadores

brazos y por los materiales obtenidos...

»¡Oh, Señor! Se hallan delante de ti dos de tus siervos—eran Leni y Juan, al prender, al unir, al juntar para toda la vida; sus vidas, sus esfuerzos, sus deseos, sus penas y alegrías.

Este hombre y esta mujer ante Ti y en presencia de esta congrega-

ción desean contraer el vínculo sagrado del matrimonio.

»Te rogamos, oh Señor, que esta unión sea eterna ante tus ojos y en tu suprema sabiduría; construirás en sus corazones —«nuestros», pronunciaron ellos dos desde el fondo de sus más íntimos sentires—abundante amor y que sean fructíferos, oh Señor...

FIN

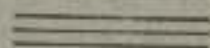
Los artistas más célebres

Las grandes producciones

La mejor literatura

siempre en

Editorial ALAS



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín pirata . . . Charles Collins
Melodía de Broadway . . Robert Taylor
Apuesta de amor . . . Gené Raymond
Héctor Fioramonte . . . Carlo Cervi
El mundo a sus pies . . . Lily Pons
Sopulada en vida . . . A. Nazzari
Defensores del crimen . . Richard Dix
Aventura Pampedour . . Kate de Nagl

Melodía rota Billy Birgel
Titones del mar Victor McLaglen
Cupido sin memoria . . Ann Southern
Maria Ibona Paula Wessely
Posada Jamaica . . . Charles Laughton
El caso Vero Clive Brook
Quimera de Hollywood . . John Fontaine
Los tres vagabundos . . Heinz Rühnert

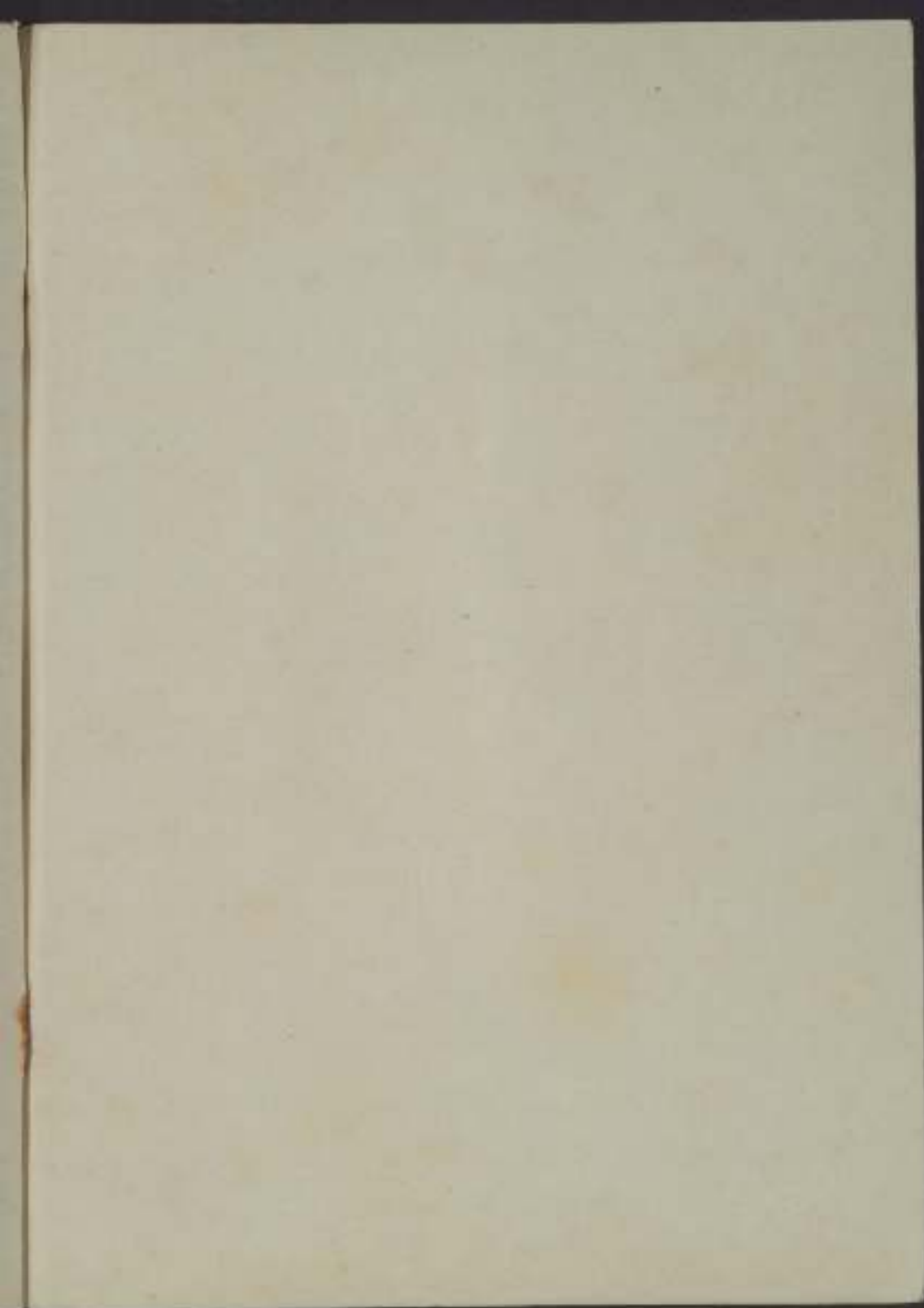
SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabé, Toemay de las
elefantes Sabé
Tú cambiaste de vida . M. Radgrave
Las dos niñas de París . C. Barchon
¿Es mi hijo? Lil Dagover
La última avanzada . . Cary Grant
Vacaciones juez Harvey Mickey Rooney
Margarita Gautier . . . Robert Taylor
Mortal sugestión . . . Ann Harding
Una chica insuperable Danielle Darrieux
Bajo manto de la noche Edmund Lowe
Alerma en el supreso . M. Radgrave
Crimen de medianoche . Ramón Parede
El signo de la Cruz . . Fredric March
El asesino invisible . . Walter Abel
Las dos pilloras . . . Jacques Teyoll
Pygmalion Leslie Howard
María Estuardo Kath. Hepburn
Cuidado con la g. bocas Michael Radgrave
Por la dama y el honor Paul Lukas
El día que me quieras . Carlos Corder
El pequeño heré F. Bartholomew
Tercón de las flores . . Buster Crabbe
Albergues nocturnas . . Greta Gyrn

El misterio de Villa Rosa Judy Kelly
Acusada Dolores del Río
Forja de hombres . . . Mickey Rooney
La profiera millonario . Gené Raymond
Los peligros de la gloria James Cagney
La bella rebelde Ann Southern
Buscando fama Don Ameche
Una mujer imposible . . Jenny Jugo
El hombre del Níger . . Victor Francen
Extraños en luna de miel Hugh Sinclair
Andrés Harvey Tenorio Mickey Rooney
Fruto dorado Clark Gable
El secreto del marqués . Armando Falcón
Irene Anna Neagle
Una hera en blanco . . Franchot Tone
La batalla Charles Boyer
La familia Robinson . . Fr. Bartholomew
La muj. de las dos caras Greta Garbo
Luna llena Jean. MacDonald
La hera radiante Joan Crawford
Cuando ellos se encuent. Melvyn Douglas
El rapto de Laura John Fontaine
Una chica se divierte . . Jean Arthur
Una mujer andaluzada . Lupe Vélez
El club 400 George Murphy

Pedidos a **EDITORIAL «ALAS»**. - Apartado 797. - **BARCELONA**





3 ptas.

1933 - 4 - 5. 10. 11. 12.